LA VENGANZA DE TAMAR,

COMEDIA.

PERSONAS.

AMON.
TAMAR.
DAVID.
ABSALON.
ABIGAIL, *reina.*
BERSABÉ.
MICOL.
ADONIAS.
SALOMON.
ELIACER.
JONADAB.
DINA.
JOAB.
JOSEFO.
ELISA.
TIRSO. } *ganaderos.*
BRAULIO. } *ganaderos.*
ALISO. } *ganaderos.*
RISELO. } *ganaderos.*
ARDELIO. } *ganaderos.*
LAURETA. } *ganaderos.*
UN CRIADO.
UN MAESTRO DE ARMAS.
MÚSICOS.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es Jerusalen y en Baalhasor.

ACTO PRIMERO.

Vista esterior del palacio de David en Jerusalen.

ESCENA I.

AMON, *de camino.* ELIACER. JONADAB.

AMON.
Quitadme aquestas espuelas,
y descalzadme estas botas.

ELIACER.

Ya de ver murallas rotas,
por cuyas escalas vuelas,
debes de venir cansado.

AMON.

Es mi padre pertinaz;
ni viejo admite la paz,
ni mozo quita del lado
el acero que desciño.

JONADAB.

De eso, señor, no te espantes:
quien descabezó gigantes
y comenzó á vencer niño,
si es otra naturaleza
la poderosa costumbre,
viejo tendrá pesadumbre
con la paz.

ELIACER.

A la grandeza
del reino, que le corona
por sus hazañas, subió.

AMON.

No soy tan soldado yo
cual de él la fama pregona:
de los amonitas cerque
David la idólatra corte;
máquinas la industria corte
con que á sus muros se acerque;
que si en eso se halla bien
porque sus reinos mejora,
mas quiero, Eliacer, una hora
de nuestra Jerusalen,
que cuantas vitorias dan
á su nombre eterna fama.

ELIACER.

Si fueras de alguna dama
alambicado galan,
no me espanto que la ausencia
te hiciera la guerra odiosa;
que amor que en la paz reposa,
pierde armado la paciencia.
Mas no amando, aborrecer

las armas, que de pesadas
suelen ser desamoradas,
cosa es nueva.

AMON.

Sí, Eliacer;
nueva es, por eso la apruebo;
en todo soy singular;
que no es digno de estimar
el que no intenta algo nuevo.

ESCENA II.

ABSALON, ADONIAS y ACOMPAÑAMIENTO, *de camino.*—AMON. ELIACER. JONADAB.

ABSALON.

No gozarémos las treguas
que el rey da al contrario, bien,
no estando en Jerusalen.

ADONIAS.

Corrido habemos las leguas
que hay de Rábata hasta aquí,
volando.

ABSALON.

¡Qué bien pensó
quien las postas inventó!

ELIACER.

No, á lo menos, para mí:
dóilas á la maldicion;
que batanando jornadas,
me han puesto las dos lunadas
como ruedas de salmon.

ABSALON.

¡O Eliacer! ¿Tambien tú gozas
treguas acá?

ELIACER.

¿Qué querias?

AMON.

¡Oh! ¡mi Absalon, mi Adonias
aquí!

ABSALON.

Travesuras mozas
nunca, hermano; estan despacio:
troquemos en nuestra tierra
por las tiendas de la guerra
los salones de palacio.
Diez dias que han de durar
las treguas que al amonita
David da, el amor permita
sus murallas escalar.

AMON.

¿Murallas de amor?

ABSALON.

Bien puede
permitirles este nombre:
amando de noche un hombre,
¿no asalta tambien paredes?
¿ventanas altas no escala?
¿no ronda? ¿el nombre no da.
¿trazando ardides no está?
Luego amor á Marte iguala.

AMON.

No te quiero replicar;
ya sé que tiene gran parte
amor, que es hijo de Marte,
y lo que hay de Marte á amar.

ADONIAS.

En tí, príncipe, infinito,
pues con ser tan gran soldado,
nunca fuiste enamorado.

AMON.

Poco sus llamas permito:
no sé ser tan conversable
como mi hermano Absalon.

ABSALON.

La hermosura es perfeccion,
y lo perfeto es amable.
Hízome hermoso mi suerte,
y á todas me comunico.

AMON.

Estás de cabellos rico,
y ansí puedes atreverte;

que á guedeja que les des,
las que muertas por las tiendas
te porfian que los vendas,
tendrán en tí su interés;
pues si no miente la fama,
tanto tu cabeza vale,
que me afirman que te sale
á cabello cada dama.

ELIACER.

Si ansí sus defetos salvas,
¿qué mucho te quieran bien,
pues toda Jerusalen
te llama *Socorre-Calvas*?
Y las muchas que compones,
debiéndote sus bellezas,
hacen que haya en las cabezas
infinitos Absalones.
Ristros puedes hacer de ellas.

ABSALON.

Eliacer, conceptos bajos
dices.

ELIACER.

Fueran ristros de ajos,
sino es por tí, las mas bellas.

ABSALON.

En fin, ¿el príncipe da
en no querer á ninguna?

AMON.

Hasta encontrar con alguna
perfeta, no me verá
en su minuta el amor.

ABSALON.

Elisabet ¿no es hermosa?

AMON.

De cerca no, que es ojosa.

ADONIAS.

¿Y Ester?

AMON.

Tiene buen color,
pero mala dentadura.

ELIACER.

Délbora....

AMON.

Es grande de boca.

JONADAB.

Atalía....

AMON.

Esa es muy loca,
y pequeña de estatura.

ABSALON.

No tiene falta Maria.

AMON.

Ser melindrosa, ¿no es falta?

ADONIAS.

Dina....

AMON.

Enfádame por alta.

ELIACER.

Rut....

AMON.

Es negra.

JONADAB.

Raquel....

AMON.

Fria.

ABSALON.

Aristóbola....

AMON.

Es comun;
habla con ciento en un año.

ABSALON.

Judit....

AMON.

Tiene mucho paño,
y huele siempre á betun.

ADONIAS.

Marta....

AMON.

Encubre muchos granos.

ELIACER.

Alejandra....

AMON.

Es algo espesa.

JONADAB.

Jezabel....

AMON.

Dícenme que esa
trae juanetes en las manos.

ABSALON.

Cilene....

AMON.

Rostro bizarro,
mas flaca y impertinente.

ELIACER.

Pues no hallas quien te contente,
haz una dama de barro.

ABSALON.

¡Válgate Dios por Amon!
¡qué satírico que estás!

AMON.

No has de verme amar jamás;
tengo mala condicion.

ADONIAS.

¿Luego no querrás mañana
en la noche ir á la fiesta
y boda que á Elisa apresta
la mocedad cortesana?

AMON.

¿Con quién se casa?

ADONIAS.

¿Eso ignoras?
Con Josefo de Isacar.

AMON.

Bella muger le han de dar.

ABSALON.

Tú que nunca te enamoras,
no la tendrás por muy bella.
¿Piensas ir allá?

AMON.

No sé.

ADONIAS.

Hay bravo sarao.

AMON.

Iré
á danzar, mas que no á vella.

Pero ha de ser disfrazado,
si es que máscaras se admiten.

ADONIAS.

En los saraos se permiten.

AMON.

Lástima tengo al casado
con una muger acuestas.

ELIACER.

Poco en eso te pareces
á tu padre.

AMON.

Muchas veces
de ese modo me molestas.
Ya sé que á David mi padre
no le han parecido mal,
testigo la de Nabal,
y Bersabé, hermosa madre
del risueño Salomon.

ADONIAS.

Y las muchas concubinas
cuyas bellezas divinas
milagro del mundo son.

ABSALON.

Gana he tenido de vellas.

AMON.

Guárdalas el rey de suerte,
que aun no ha de poder la muerte
hallar por donde vencellas.

ABSALON.

El recato de palacio
y poca seguridad
de la femenil beldad
no las deja ver despacio;
mas por Dios que há pocos dias
que á una muchacha que ví
entre ellas, Amon, le dí
toda el alma.

AMON.

Oye, Adonías,
del modo que está Absalon.
¡A la muger de tu padre!

ABSALON.

Solo perdono ó mi madre.
Tengo tal inclinacion,
que con quien celebra bodas,
envidiando su vejez,
me enamoro; y ya habrá vez
en que he de gozallas todas.

AMON.

La belleza y la locura
son hermanas; eres bello,
y estás loco.

ADONIAS.

A tu cabello
atribuye tu ventura,
y no digas desatinos.
Ya es de noche: ¿qué has de hacer?

ABSALÒN.

Cierta dama he de ir á ver,
en durmiendo sus vecinos.

ADONIAS.

Yo me pierdo por jugar.

AMON.

Yo que ni adoro ni juego,
lêré versos.

ABSALON.

¡Buen sosiego!

AMON.

En esto quiero imitar
á David, pues no le imito
en amar, ni quiero tanto.

ABSALON.

Serás poeta á lo santo.

ADONIAS.

Los salmos en verso ha escrito;
que es Dios la musa perfeta
que en él influyendo está.

ABSALON.

Misterios escribirá;
que es guerrero y es profeta.

(*Vanse Absalon, Adonias y el acompañamiento.*)

ESCENA III.

AMON. ELIACER. JONADAB.

ELIACER.
¿Qué habemos de hacer agora?

AMON.
No sé qué se me ha antojado.

ELIACER.
¿Mas si estuvieses preñado?

AMON.
Tanta muger que enamora
á mi padre ausente y viejo,
¿qué puede hacer encerrada?
pues es cosa averiguada
que la que es de honor espejo
en la lealtad y opinion,
en fin, es fragil sugeto
y un animal imperfeto.

JONADAB.
Si toda la privacion
es del apetito madre,
deseará su liviandad
al hombre que es su mitad;
y no estando ya tu padre
para fiestas, ya lo ves....

ELIACER.
Iráseles en deseos
todo el tiempo sin empleos
de su gusto.

JONADAB.
Rigor es
digno de mirar despacio.

AMON.
Bien filosofais los dos.

ELIACER.
Lástima tengo, por Dios,
á las damas de palacio
encerradas como en hucha.

AMON.

El tiempo está algo pesado,
y con la noche y nublado,
la obscuridad que hace, es mucha.
¿Quién duda que en el jardin
pedirán limosna al fresco
las damas? Lo que apetezco
he de ejecutar, en fin.
Curioso tengo hoy de ser.

ELIACER.

Pues ¿qué intentas?

AMON.

¿Qué? Saltar
aqueste muro y entrar
dentro del parque, Eliacer,
y ver qué conversacion
á las damas entretiene
de palacio.

ELIACER.

Si el rey viene
á saberlo, no es razon
que le enojes; pues no ignoras
que al que aquí dentro cogiese,
por mas principal que fuese,
viviria pocas horas;
que las casas de los reyes
gozan de la inmunidad
que los templos.

AMON.

Es verdad;
mas no se entienden las leyes
con el príncipe heredero.
Príncipe soy de Israel,
el calor que hace es crüel,
y ansí divertirle quiero.
En dando yo en una cosa,
ya sabes que he de salir
con ella.

JONADAB.

Empieza á subir.
Mas siendo tan peligrosa,
y de tan poco provecho,

no me parece que es justo.

AMON.

Provecho es hacer mi gusto.

ELIACER.

¿Y despues que le hayas hecho?

AMON.

Esto ha de ser, vive Dios.
Vamos los tres á buscar
por donde poder entrar.

ELIACER.

¿Entrar? ¿Quién?

AMON.

Yo; que los dos
fuera me esperareis.

ELIACER.

Alto.

AMON.

Hácia allí he visto unas yedras,
que abrazadas á sus piedras,
aunque el muro está bien alto,
de escala me servirán.

ELIACER.

Vamos, y á subir empieza.
(*Vase Amon.*)
En dándole en la cabeza
una cosa, no podrán
persuadille á lo contrario
catorce predicadores.

JONADAB.

¡Qué estraños son los señores!

ELIACER.

Y el nuestro ¡qué temerario! (*Vanse.*)

Jardin del palacio. Es de noche.

ESCENA IV.

DINA, *con guitarra.* TAMAR.

TAMAR.

¿Viste jamás tal calor?
Aunque tú mejor lo pasas
que yo.

DINA.

Pues ¿por qué mejor?

TAMAR.

Porque no juntas las brasas
del tiempo al fuego de amor;
mas yo que no puedo mas,
y á mi amor junto el bochorno
que hace....

DINA.

¡Donosa estás!

TAMAR.

¿Qué seré?

DINA.

Serás un horno
en que á Joab cocerás
pan de tiernos pensamientos,
á sustentarle bastantes
contra recelos violentos.

TAMAR.

Sí, que en eso á los amantes
paga amor en alimentos.

DINA.

¡Notable calma! no mueve
una hoja el viento siquiera.

TAMAR.

Si aquesta fuente se atreve

á aplacar su furia fiera,
que en la taza de oro bebe
de su arena aqueste prado,
dénos su márgen asiento.

DINA.

En cojines de brocado
sus flores de ciento en ciento
te ofrecen su real estrado;
que, en fin, como eres infanta,
no te contentas con menos.

TAMAR.

Pues traes instrumento, canta;
que en los jardines amenos
ansí amor su mal espanta.

DINA.

Yo no tengo que espantar;
que no estoy enamorada;
tú al viento puedes llamar;
pues siendo tan celebrada
en la música Tamar
como en la belleza, á oirte
correrá el céfiro manso,
alegre por divertirte.

TAMAR.

¿Lisonjéasme?

DINA.

Descanso
si amores llego á decirte.

ESCENA V.

AMON.—TAMAR. DINA.

AMON.

(*Para sí al salir.*)
La mocedad no repara
en cuanto intenta y procura:
la noche mi gusto ampara;
cuanto me entristece oscura,
me alegra esta fuente clara.

Como no sé donde voy,
en cuanto topo tropiezo.

DINA.

Cuando yo á cantar empiezo,
treguas á mis penas doy.

TAMAR.

Dame, pues, ese instrumento.

AMON, *aparte.*

Mi deseo se cumplió;
aquí hablar mugeres siento.

TAMAR.

La música se inventó
en alivio del tormento.

AMON, *aparte.*

Cantar quieren: no pudiera
venir á tiempo mejor.

TAMAR.

¡Ay si mi amante me oyera!

AMON, *aparte.*

No hay parte en que no entre amor;
hasta aquí llegó su esfera.

TAMAR, *canta.*

Ligero pensamiento,
de amor pájaro alegre,
que viste la esperanza
de plumas y alas verdes,
si fuente de tus gustos
es mi querido ausente,
donde amoroso asistes,
donde sediento bebes,
tu vuelta no dilates
cuando á su vista llegues;
que me darán tus dichas
envidia si no vuelves.
Pajarito que vas á la fuente,
bebe y vente.
Correo de mis quejas
serás cuando le lleves
en pliegos de suspiros
sospechas impacientes;
con tu amoroso pico,
si en mi memoria duerme,

del sueño de su olvido
es bien que le despiertes;
castígale descuidos,
amores le agradece,
preséntale firmezas,
favores le promete.
Pajarito que vas á la fuente,
bebe y vente.

AMON, *aparte.*

¡Qué voz tan apacible!
¡qué quejas tan ardientes!
¡qué acentos tan süaves!
¡Ay Dios! ¿qué hechizo es este?
A su melífluo canto
corrido el viento vuelve;
que en fé que se detuvo,
muy bien pudo correrse;
y por acompañarla,
su voz hace que templen
los tiples de estas hojas,
los bajos de estas fuentes.
Amor, no sé que os diga
si vuestro rigor viene
á escuras y de noche
porque los ojos cierre.
Como á la voz iguale
la belleza, que suele
ser ángel en acentos
y en rostro ser serpiente,
triunfad, niño absoluto,
de un corazon rebelde,
si rústico, ya noble,
si libre, ya obediente.

DINA.

Vuelve á cantar, señora;
que por oirte y verte
el sol, músico ilustre,
anticiparse quiere.

AMON, *aparte.*

Si por verla y oirla
sus rayos amanecen,
¿quién duda que es hermosa?

¿quién duda que conviene
su cara con su canto?
¡Ay Dios! ¡quién mereciese
atestiguar de vista
lo que de oidos siente!

TAMAR.

¿Qué he de cantar, si lloro?

AMON, *aparte.*

Entrad, celos crüeles,
servid de rudimentos
con que mi amor comience.
¡Muger ausente y firme!
¡celoso yo y presente!
¡sin ver, enamorado!
¡hoy libre y hoy con leyes!
¡Oh milagrosa fuerza
de un ciego dios que vence
sin ojos y con alas,
cuanto desnudo, fuerte!

DINA.

Ansí tu amante goces,
y de tus años cuentes
los lustros á millares
en primavera siempre,
que prosiguiendo, alivies
el calor que suspendes
y olvidas con oirte.

TAMAR.

Va, pues que tú lo quieres.
(Canta.) *¡Ay pensamiento mio!*
¡cuánto allá te detienes!
¡Qué leve que te partes!
¡con qué pereza vuelves!
Celosa estoy que goces
de mi adorado ausente
la vista con que aplacas
la ardiente sed de verle.
Si acaso de sus labios
el dulce néctar bebes
que labran sus palabras,
y hurtalle algunas puedes,
pajarito que vas á la fuente,

bebe y vente.

AMON, *aparte.*

¿Hay mas apacible rato?
Espíritus celestiales,
si entre músicas mortales
ver quereis vuestro retrato,
venid conmigo. Acercarme

(*Adelántase hácia donde están Tamar y Dina, tropieza y cae.*)

quiero un poco; mas caí.

TAMAR.

¡Ay cielos! ¿Quién está aquí?

AMON, *aparte.*

Ya es imposible ocultarme,
aunque la noche es de suerte,
que mentir mi nombre puedo,
pues con su obscuridad quedo
seguro que nadie acierte
ni vea el trage en que estoy.

TAMAR.

¿Qué es esto?

AMON.

Déme la mano:
hijo soy del hortelano,
que he caido: al dïablo doy
la mosíca, que ella fué
ocasion que tropezase
en un tronco, y me quebrase
la espinilla. ¿No me vé?

DINA.

No veis vos por donde andais,
¿y os hemos de ver nosotras?

AMON.

Pardios, damas ó quillotras,
lindamente lo cantais.
Oyéraos yo doce dias
sin dormir.

TAMAR.

¿Haos contentado?

AMON.

Par Dios, que lo habeis cantado
como un gigante Golías.

Dadme la mano; que peso
(Tamar da la mano á Amon, que se la besa y se queda con el guante que Tamar tenia en ella.)
un monte. (*Aparte.* Tomeselá,
beséla, y juro en verdá
que á la miel me supo el beso.)

TAMAR.

Atrevido sois, villano.

AMON.

¿Qué quiere? Siempre se vido
ser dichoso el atrevido.

TAMAR.

Al fin, ¿sois el hortelano?

AMON.

Si pardiez, y inficionado
á mosícas.

DINA.

¡Buen modorro!

AMON.

Pardios, vos teneis buen chorro;
si en la cara os ha ayudado
como en la voz, la ventura,
con todo os podeis alzar,
aunque no se suele hallar
con buena voz la hermosura.

TAMAR.

Tosco pensamiento es ese.

AMON.

¿No suele, aunque esto os espanta,
decirse á la que bien canta:
«¿quién te oyese y no te viese?»

TAMAR.

Cumpliráos ese deseo
la obscuridad que hace agora.

AMON.

Antes me aburro, señora,
pues ya que os oigo, no os veo.

TAMAR.

Pues ¿no me habeis conocido?

AMON.

Sois tantas las que aquí estais,
y de dia y noche andais

paseando el jardin florido,
que como no me espliqueis
vueso nombre, no me espanto
que no os conozca en el canto;
porque aunque tal vez llegueis
á retozarme, y me quejo
de mas de un pellizco y dos
que me dais (quizá, pardios,
porque el rey, que ya está viejo,
os cumple mal de josticia
tiniendo tanta muger),
soy rudo en el conocer.

TAMAR.

(*Hablando aparte con Dina.*)
¡Qué villano!

DINA.

¡Y qué malicia!

TAMAR.

Fiad burlas de esta gente.

AMON.

¿Quiéreme decir quién es,
y llevaréla despues
de flor y fruta un presente?

TAMAR.

Sois muy hablador.

AMON, *aparte.*

El guante
de la mano le quité
cuando á besarla llegué.

TAMAR.

Vamos.

AMON.

No se vaya, cante:
ansí la remoce el cielo
á David, si es su marido.

TAMAR.

Un guante se me ha caido.

AMON.

Debe de estar en el suelo.
Halléle: pardios, que gano
en hallazgos mucho ya.

TAMAR.

¿Qué es de él?

AMON.

Tome.

TAMAR.

Dalde acá.

AMON.

(*Bésala la mano.*)
(*Aparte.* Beséla otra vez la mano.)

TAMAR.

¿Quién tanta licencia os dió,
villano?

AMON.

Mi dicha sola.

TAMAR.

Dadme acá el guante.

AMON.

(*Vásele á dar y búrlala.*)
Mamóla.

TAMAR.

Luego, ¿no le hallastes?

AMON.

No.

TAMAR.

¿No gustas de lo que pasa?

DINA.

¡Buen jardinero!

AMON.

(*Aparte.* De amor.)
¿Qué pensais? Todo esto es flor.

TAMAR.

Yo haré que os echen de casa.
Vamos.

DINA.

¿Has de ver mañana
la boda de Elisa?

TAMAR.

Sí.

DINA.

¿Qué vestido....?

TAMAR.

Carmesí.

AMON.

Sereis un clavel de grana.
(*Aparte.* De aquí mis venturas saco.)
¿Que sin cantar mas se van?
¿sus nombres no me dirán?

DINA.

No, que sois muy gran bellaco.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA VI.

AMON.

Agora, noche, sí que á escuras quedo,
pues un sol hasta aquí tuve delante;
libre de amor entré, ya salgo amante;
reíame antes de él, ya llorar puedo.
¡Ay amorosa voz, obscuro enredo!
cifrad vuestra ventura en solo un guante;
que si iguala á su música el semblante,
victorioso quedais, yo os lo concedo.
¡Cuando mas descuidado, mas rendido!
¡Sin saber á quien quiero, enamorado,
asaltando murallas, y vencido!
Mas, ¡dichoso, rapaz, vuestro cuidado,
si sacando quien es por el vestido,
la suerte echais, no en blanco, en encarnado! (*Vase.*)

Sala del palacio.

ESCENA VII.

ABSALON. ADONIAS. ABIGAIL. BERSABÉ.

ABIGAIL.
¿Quedaba el rey mi señor
bueno?

ABSALON.
Alegre salud goza;
que en el bélico furor
parece que se remoza
y le da sangre el valor.

ABIGAIL.
Quitarále la memoria
de nosotras el deseo
del triunfo de esa vitoria.

ADONIAS.
Amaros es su trofeo,
conversaros es su gloria.

ABSALON.
Poca ocasion habrá dado
á que su olvido os espante,
pues no sé que se haya hallado
ni en guerra mas firme amante,
ni en paz mas diestro soldado.
En la mas árdua vitoria
es vuestro amor buen testigo
que tiene, en fé de su gloria,
la espada en el enemigo,
y en vosotras la memoria.

ADONIAS.
Bien sabe eso Bersabé,
y Abigail no lo ignora.

ABIGAIL.

Que estoy triste sin él, sé.

BERSABÉ.

Y yo que en su ausencia llora
quien vive cuando le vé.

ABIGAIL.

¿Pensais volveros tan presto
al cerco?

ADONIAS.

Las treguas son
tan breves que el rey ha puesto,
que no sufren dilacion.

ABSALON.

Yo mañana estoy dispuesto
á partirme.

ADONIAS.

Y yo tambien.

ABIGAIL.

Escribiré con los dos
al rey que si quiere bien,
dedique salmos á Dios
seguro en Jerusalen,
y en la guerra no consuma
la plata que peine helada;
que aunque en su esfuerzo presuma,
el viejo cuelga la espada,
y el sabio juega la pluma.

ABSALON.

A ambas cosas se acomoda
mi padre.

BERSABÉ.

Galan venís,
Absalon.

ABSALON.

Soy hoy de boda.

BERSABÉ.

Y vos, infante, salís
para que la corte toda
se vaya tras vos perdida.

ADONIAS.

Autorizamos la fiesta;
que es la novia conocida.

ESCENA VIII.

AMON, *muy triste.* JONADAB. ELIACER.—DICHOS.

ELIACER.
(*Hablando á la entrada de la sala con Amon.*)
¿Qué novedad será esta,
señor?

AMON.
Es mudar de vida.

JONADAB.
¿Qué te sucedió, que ansí,
desde que al jardin entraste,
ni duermes, ni estás en tí?

ELIACER.
¿Qué viste cuando llegaste?

AMON.
Triste estoy porque no ví.
Dejadme, que de opinion
y vida mudar pretendo;
no quiero conversacion,
porque ya con quien me entiendo,
sola es mi imaginacion.
(*Aparte.* ¡Ay encarnado vestido,
si á verme salieses ya!)

ABSALON.
¡Oh príncipe!

ADONIAS.
¡Amon querido!

AMON.
Las treguas que David da,
á veros nos han traido.

ADONIAS.
Y agora el casarse Elisa
nuevas fiestas ocasiona,
que dan á las galas prisa.

AMON.
Merécelo su persona.

ABSALON.

Para vos cosa de risa
son casamientos y amores.

AMON.

No sé lo que en eso os diga.

ESCENA IX.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

Josefo espera, señores,
que le honreis.

ADONIAS.

Y él nos obliga
á que le hagamos favores.

ABSALON.

¿Venís, príncipe?

AMON.

Despues;
que tengo que hacer agora.

ABSALON.

Adonias, vamos, pues.
(*Vanse todos, menos Amon.*)

ESCENA X.

AMON.

Salid ya, encarnada aurora,
postraréme á vuestros pies;
salid, celeste armonía,
que en la voz enamorais;
vea vuestro sol mi dia,
y sepa yo si igualais
la cara á la melodía.
¿Si mudará parecer?
¿si trocará la color

que mi remedio ha de ser?
¿si querrá vengarse amor
de mi libre proceder?
No lo permitais, dios ciego;
sepa yo, pues que me abraso,
quien es la que enciende el fuego;
no hagais de arrogancias caso,
pues las armas os entrego.
Ya salen acompañando
á los desposados todos.

(Cruzan el teatro Josefo y Elisa, de novios, con grande acompañamiento, del cual forma parte Tamar, vestida de un rico trage carmesí.)

Dudo alegre, temo amando.
¡Ay, amor! ¡por qué de modos
almas estais abrasando!
Quiero escondido de aquí
ver sin ser visto si pasa
quien me tiraniza ansí.
¡Ay Dios! ya el fuego me abrasa
de un vestido carmesí.
¿No es esta de lo encarnado
mi hermana? ¿No es esta, cielos,
Tamar? ¡Buena suerte he echado!
¡Ay imposibles desvelos!
¡De mi hermana enamorado!
¡Mal haya el jardin, amen,
la noche triste y oscura,
mi vuelta á Jerusalen,
mal haya, amen, mi locura,
que para mal de mi bien,
libre me obligó á asaltar
los muros de amor tirano!
Alma, morir y callar;
que siendo amante y hermano,
lo mejor es olvidar.
Mas vale, cielos, que muera
dentro mi pecho esta llama
sin que salga el fuego fuera;
ausente olvida quien ama,
amor es pasion ligera.
Al cerco quiero partirme;

que á los principios se aplaca
la pasion, que no es tan firme.
Eliacer.

ESCENA XI.

ELIACER. JONADAB.—AMON.

ELIACER.
Gran señor.
AMON.
Saca....
ELIACER.
¿Qué quieres?
AMON.
Quiero vestirme
de camino, y al campo ir;
preven tus botas y espuelas.
JONADAB.
Postas voy á prevenir.
AMON.
(*Aparte.* Pero ciego y con pigüelas,
¿como podrá el sacre huir?
Deja eso, dame un vaquero
de tela, sácame un rostro;
que hallarme en el sarao quiero.
(*Vanse Eliacer y Jonadab.*)
De imposibles soy un mostro;
esperando desespero.
Ame el delfin al cantor,
al plátano el persa adore,
á la estátua tenga amor
el otro, el bruto enamore
la asiria de mas valor;
que de mi locura vana
el tormento es mas atroz,
pues me enamoró una voz,
y adoro á mi misma hermana.
(*Salen Eliacer y Jonadab.*)

JONADAB.

Aquí estan rostro y disfraz.

AMON.

Vísteme, pues. Pero quita;
que este rigor pertinaz
con la razon precipita
de mi sosiego la paz.
Dejadme solo. ¿No os vais?

ELIACER, *aparte.*

¿Qué le habrá dado á este loco?
(*Vanse Eliacer y Jonadab.*)

AMON.

Penas, si esto amor llamais,
en distancia y tiempo poco
su infierno esperimentais.
No quiera Dios que un deseo
desatinado y crüel
venza con amor tan feo
á un príncipe de Israel;
morir es noble trofeo.
Incurable es mi dolor;
pues ya soy vuestro vasallo,
ciego dios, dadme favor,
porque adorar y callallo
son imposibles de amor. (*Vase.*)

Sala en casa de Josefo.

ESCENA XII.

JOSEFO, ELISA, TAMAR, CONVIDADOS Á LA BODA, *y* MÚSICOS.
Siéntanse.

TAMAR.

Goceis, Josefo, el estado
con Elisa años prolijos,
con la vejez coronado

de nobles y hermosos hijos,
fruto de amor sazonado.

JOSEFO.

Si vuestra alteza nos da
tan felices parabienes,
¿quién duda que gozará
nuestra ventura los bienes
que nos prometemos ya?

ELISA.

A lo menos desearemos
toda esa dicha, señora,
porque con ella paguemos
lo mucho que desde agora
á vuestra alteza debemos.

ESCENA XIII.

UN CRIADO, *y luego* AMON.—DICHOS.

CRIADO.

Máscaras quieren danzar.

TAMAR.

Dése principio á la fiesta.
(*Sale Amon de máscara.*)

JOSEFO.

El cielo juntó en Tamar
con una hermosura honesta
un donaire singular.
(*Danzan.*)

AMON, *aparte.*

¿De qué sirve entre los dos
mi rebelde resistencia,
amor, si en fuerza sois dios,
y tirais con tal violencia,
que al fin me llevais tras vos?
Desocupado está el puesto
de mi imposible tirana;
deudor os soy solo en esto:
¡qué de estorbos, crüel hermana,
en mi amor el cielo ha puesto!

(*Hinca la rodilla al lado de Tamar, y hablan los dos.*)

Por gozar tal coyuntura,
bien me holgara yo, señora,
que casara mi ventura
una dama cada hora,
puesto que la noche obscura
tambien voluntades casa,
hecho tálamo un jardin,
donde cuando el tiempo abrasa,
con voces de un serafin
hizo cielo vuestra casa.
Yo sé quien antes de veros,
enamorado de oiros,
los árboles lisongeros
movió anoche con suspiros,
y á vos no pudo moveros.
Yo sé quien besó una mano
dos veces (¡fueran dos mil!),
yo sé....

TAMAR.

Fingido hortelano,
para vuestro mal sutil,
y para mi honor villano,
ya el engaño he colegido
que en fé de su obscuridad
os hizo anoche atrevido.
La sagrada inmunidad
del palacio habeis rompido;
pero agradeced que intento
no dar á esta fiesta fin
que lastime su contento;
que hoy os sirviera el jardin
de castigo y escarmiento.

AMON.

De castigo, cosa es clara,
que vuestro gusto cumplió
mi fortuna siempre avara;
pero de escarmiento, no.
¡Ojalá que escarmentara
yo en mí mismo! Mas no temo
castigos; que el cielo me hizo
sin temor con tanto estremo,

que yo mismo el fuego atizo
y brasas en que me quemo.

TAMAR.

¿Quién sois vos que hablais ansí?

AMON.

Un compuesto de contrarios,
que desde el punto que os ví,
me atormentan temerarios,
y todos son contra mí;
una quimera encantada,
una esfinge con quien lucho,
un volcan en nieve helada,
y, en fin, por ser con vos mucho,
no vengo, infanta, á ser nada.

TAMAR.

¿Vióse loco semejante?

AMON.

Yo sé que anoche perdistes,
porque yo ganase, un guante:
la mano que á un pastor distes,
dalda agora á un firme amante.

TAMAR.

Máscara desconocida,
levantaos luego de aquí;
que haré quitaros la vida.

AMON.

Esa anoche la perdí;
tarde vendrá quien la pida.
Mas pues no es bien que á un villano
mas favor de noche hagais
que á un ilustre cortesano,
que querais ó no querais,
os he de besar la mano.

(*Bésasela y vase.*)

TAMAR.

¡Hola! matadme ese hombre.

(*Levántanse todos.*)

Dejad la fiesta, seguilde.

JOSEFO.

¿Qué tienes? ¿qué hay que te asombre?

TAMAR.

No me repliqueis: herilde,

dalde muerte, ó dadme nombre
de desdichada.

ELISA.

Dejemos
el sarao; que hacer es justo
lo que manda.

JOSEFO.

Siempre vemos
que del mas cumplido gusto
son pesares los estremos.



ACTO SEGUNDO.

Cuarto de Amon en el palacio.

ESCENA I.

AMON, *muy melancólico, vistiéndose de ropa y montera.*
ELIACER. JONADAB.

JONADAB.
No lo aciertas, gran señor,
en levantarte.

AMON.
Es la cama
potro para la paciencia.

ELIACER.
Un discreto la compara
á los celos.

AMON.
¿De qué modo?

ELIACER.
De la suerte que regalan
cuando pocos; si son muchos,
ó causan flaqueza, ó matan.

AMON.
Bien has dicho. Hola.

JONADAB.
Señor....

AMON.
Dalde cien escudos.

ELIACER.
Pagas
como príncipe, no solo
las obras, mas las palabras.

AMON.

¿Qué es esto?

JONADAB.

Darte aguamanos.

AMON.

Si con fuego me lavara,
pudiera ser que estuviera
mejor, pues me abrasa el agua.
Dime algo que me entretenga.
¿Qué es la causa de que callas
tanto, Eliacer?

ELIACER.

No sé como
darte gusto: ya te enfadas
con que hablando te diviertan;
ya darte música mandas;
ya á los que te hablan despides,
y riñes á quien te canta.

JONADAB.

Esta tu melancolía
tiene, señor, lastimada
á toda Jerusalen.

ELIACER.

No hay caballero ni dama
que á costa de alguna parte
de su salud, no comprara
la tuya.

AMON.

¿Quiérenme mucho?

ELIACER.

Como á su príncipe.

AMON.

Basta;
no me hableis mas en mugeres:
¡pluguiera á Dios que se hallara
medio con que conservar
la naturaleza humana,
sin haberlas menester!
¿Vino el médico?

JONADAB.

¿No mandas
que ninguno te visite?

AMON.

Si supieran como parlan,
no estuviera enfermo yo.

ELIACER.

No estudian, señor, palabra:
sangrar y purgar son polos
de su ciencia.

AMON.

Y su ganancia.

JONADAB.

Todo es seda, ambar y mulas:
si dos de ellos enviara
á Egipto ó Siria David,
con solas plumas mataran
mas que su ejército todo.

ELIACER.

Juntáronse ayer en casa
de Délbora seis dotores
(que há dias que está muy mala)
para consultar entre ellos
la enfermedad y aplicarla
algun remedio eficaz.
Apartáronse á una sala,
echando la gente de ella;
dióle gana á una criada
(que bastaba ser muger)
de escuchar lo que trataban;
y cuando tuvo por cierto
que del mal filosofaran
de la enferma, y esperiencias
acerca de él relataran,
oyó preguntar al uno:
«señor dotor, ¿qué ganancia
sacará vuesa merced
una con otra semana?»
Respondió: «cincuenta escudos,
con que he comprado una granja,
veinte aranzadas de viñas,
y un soto en que tengo vacas;
pero no me descontenta
el buen gusto de las casas
que tuvo vuesa merced.»

Dijo otro: «son celebradas:
no sé que hacer del dinero
que gano. ¡Cosa estremada
es ver que sin ser verdugos,
porque matamos, nos pagan.»
«Dejad eso,» replicó
otro, «y decid de qué traza
os fue en el juego de anoche.—
Perdí; son suertes voltarias.—
Pero ¿teneis muchos libros?
¿Docientos cuerpos no bastan
con cuatro dedos de polvo,
que ni ellos hablan palabra,
ni yo las que encierran miro?
Ostentacion y ignorancia
nos han dado de comer:
mas há de cuatro semanas
que no ojeo si no son
pechugas de pavos blancas,
lomos de gazapos tiernos,
y con pimienta y naranja
perdiz, pichon y vaquita;
(ansí á la ternera llaman
los hipócritas al uso.)
Pero lo parlado basta;
vamos á ver nuestra enferma,
que estará muy confiada
en nuestra consulta.» Fueron,
y dijo el de mayor barba:
«lo que se saca de aquí
es que al momento se haga
una fricacion de piernas,
y por todas las espaldas
le echen catorce ventosas,
las tres ó cuatro sajadas;
pónganla en el corazon
un socrocio, y fomentada
con manteca de azahar,
tenga en el cielo esperanza
que la consulta de hoy
la ha de dar muy presto sana.
Diéronles docientos reales,

y volviéronse á su casa
tan medrados de la junta
como te he contado.

AMON.

Calla,
relator impertinente,
que me atormentas y cansas.
¿Es posible que hables tanto?

ELIACER.

Tú, señor, ¿no me lo mandas?
Si callo, te doy pesar;
en hablando, me amenazas:
Dios te dé sosiego y gusto.

AMON.

¿Qué es aquello? ¡Hola! ¿quién canta?

JONADAB.

Músicos que recebistes
para que sus consonancias
tu melancólico humor
alivien.

AMON.

¡Industria vana!
(*Cantan dentro.*)
Pajaricos que haceis al alba
con lisonjas alegre salva,
cantalde á Amon,
que tristezas le quitan la vida,
y no sabe si son de amor,
y no sabe si de amor son.

AMON.

Hola, Eliacer, Jonadab,
echaldos por las ventanas,
daldos muerte, sepultaldos
haciendo atahud las tablas
de sus necios instrumentos;
tendrán sepultura honrada,
como gusanos de seda
en sus capullos.

JONADAB.

¡Qué estraña
pasion de melancolía!

AMON.

¿No imitan en una casa
á su señor los criados?
¡Yo llorando, y ellos cantan!
Mi enfermedad los alegra.

ESCENA II.

—

UN MAESTRO DE ARMAS.—AMON. JONADAB. ELIACER.

ELIACER.

Aquí está el maestro de armas,
que viene á darte licion.

AMON.

Dadme, pues, la negra espada,
aunque, pues se queda en blanco
mi nunca verde esperanza,
mejor que la espada negra,
pudiera jugar la blanca.

MAESTRO.

Vuelva el cielo, gran señor,
los colores á tu cara,
que la tristeza marchita,
con la salud que te falta.

AMON.

Retórico impertinente,
el que es diestro, jamás habla;
jugad las armas callando,
ó no os precieis de las armas.

MAESTRO.

Perdóneme vuestra alteza.—
Dije en la licion pasada
que con estas dos posturas
al enemigo se gana
medio pie de tierra.

AMON.

Siete,
que son los que á un cuerpo bastan,
cuando os haya muerto á vos,
darán quietud á mis ansias.

(*Da tras el.*)

MAESTRO.

¿Qué es lo que hace vuestra alteza?

AMON.

Castigar vuestra arrogancia.
Necios, el mal que me aflige,
siendo de amor, no se saca
con bélicos instrumentos.
Morid todos, pues me matan
invisibles enemigos.

(*Da tras todos.*)

MAESTRO.

Huyamos, mientras se amansa
el frenesí de su furia.

(*Huyen todos.*)

AMON.

Si hubiera armas que mataran
la memoria que me aflige,
¡qué buenas fueran las armas!
¡Hola! Eliacer, Jonadab,
Josefo, Abiatar, Sisara,
¿no hay quien venga á dar alivio
al tormento que me abrasa?

ESCENA III.

ELIACER. JONADAB.—AMON.

JONADAB.

Gran señor, sosiegaté.

AMON.

¿Cómo, si es quimera mi alma,
de contradicciones hecha,
de imposibles sustentada?
¿No estaba en la cama yo?
¿Quién me ha cubierto de galas?
Desnudadme presto, presto.

ELIACER.

Tú te vistes y levantas
contra la opinion de todos.

AMON.

Mentís.

JONADAB.

(*Aparte á Eliacer.*)
Desnúdale y calla.

AMON.

¿Yo sedas en vez de luto?
¡Ay libertad málograda!
¡muerta vos, y yo de fiestas!
Sayal negro, gerga basta
os tienen de hacer desde hoy
las obsequias lastimadas.
(*Suenan cajas dentro.*)
¿Qué es esto?

JONADAB.

Gran señor, viene
tu padre, rey y monarca
de los doce ilustres tribus,
entre clarines y cajas
triunfando á Jerusalen,
despues que por tierra iguala
del idólatra amonita
las ciudades rebeladas.
Sálenle con bendiciones,
músicas, himnos y danzas
á recebir á sus puertas
cubiertas de cedro y palma
los cortesanos alegres;
y la vitoria le cantan
con que triunfó de Golías,
sus agradecidas damas.
Sal á darle el parabien,
y con su célebre entrada
suspenderás tu tristeza.

AMON.

Al melancólico agravan
el mal contentos agenos.
Idos todos de mi casa;
dejadme á solas en ella
mientras veis que me acompañan
desesperacion, tristeza,
locura, imposibles, rabia,

pues cuando mi padre triunfe,
muerte me darán mis ansias. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ELIACER. JONADAB.

JONADAB.

¡Lastimoso frenesí!

ELIACER.

¡Que no se sepa la causa
de tanto mal!

JONADAB.

¿Si es de amor?

ELIACER.

A sello, ¿quién rehusara
á quien hereda este reino?

JONADAB.

No sé, por Dios; mas pues calla
la ocasion de su tristeza,
ó Amon está loco, ó ama. (*Vanse.*)

Salon del palacio.

ESCENA V.

Salen marchando con mucha música por una puerta JOAB, ABSALON, ADONIAS, *y tras ellos* DAVID, *coronado; por otra* TAMAR, BERSABÉ, MICOL *y* SALOMON; *dan vuelta, y dice*

DAVID.

Si para el triunfo es lícito, adquirido
despues de guerras, levantar trofeos,
premio, si muchas veces repetido,
aliento de mis bélicos deseos;
si tras desenterrar del viejo olvido

de asirios, madianitas, filisteos,
de Get y de Canân vitorias tantas,
inexhausta materia á plumas santas;
si despues que en los brazos guedejudos
del líbico leon, fuerzas bizarras
hipérboles venciendo, hicieron mudos
elogios que el laurel convierte en arras;
y en juvenil edad miembros desnudos,
galas haciendo las robustas garras
del oso informe entre el crespado bello,
como joyas sus brazos me eché al cuello;
en fin, si tras hazañas adquiridas
en la robusta edad que amor dilata,
grabada su memoria en las heridas,
ejecutoria de quien honras trata,
agora á esta pequeña reducidas,
cuando á mi edad el tiempo paga en plata
el oro que le dió juventud leda
(que pues se trueca y pasa, ya es moneda),
por sola una corona que he quitado
al amonita rey de los cabellos,
cuatro coronas mi valor premiado
en vuestros ocho brazos gana bellos:
quisiera, con sus círculos honrado,
que brotaran de aqueste otros tres cuellos,
y hecha Jerusalen de amor teatro,
viera un amante con coronas cuatro.
Ya Rábata, que corte incircuncisa
del amonita fue, rüinas solas
ofrece al tiempo, que caduco pisa
montes altivos de cerúleas olas;
ya la tristeza transformada en risa,
muerta Belona, cuatro laureolas
lisonjean mi gozo con sus lazos,
reduciendo mi cuello á vuestros brazos.
Micol querida, que por tantos años
á indigno posêdor distes trofeos,
dad á envidia venganza, á amor engaños,
al tiempo que contar, y á mí deseos:
dadme entre esos abrazos desengaños
como yo á vuestras aras filisteos,
sus prepucios al rey incircuncisos,

plumas al sabio, y á la fama avisos.
Discreta Abigail, á quien el cielo
gracias de aplacar cóleras ha dado,
del bárbaro pastor en el Carmelo
premio no merecido ni estimado,
en esos brazos, polos del consuelo,
en quien vive mi amor depositado,
descanse mi vejez; que pues los goza,
si largos años cuenta ya, está moza.
Hermosa Bersabé, ninfa del baño,
que sirviéndoos de espejo en fuentes frias
brillando el sol en ellas de un engaño,
dieron causa á un pequé lágrimas mias,
ya se restaura en vos el mortal daño
del malogrado por leal Urías,
pues dais quien edifique templo al arca,
paz á los tiempos y á Israel monarca.
Y vos, mi Salomon, noble sugeto
en quien Dios ciencia infusa deposite,
de la fábrica célebre arquiteto
que la gloria de Dios en niebla imite,
el Líbano de Hiran grato y discreto
cedros os corta donde eterna habite
la incorrupcion que el tiempo no maltrata,
con oro os sirve Ofir, Tarsis con plata.
Bellísima Tamar, hija querida,
carcel del sol en vuestras hebras preso,
¡dichosa mi vitoria, reducida
al triunfo que con veros intereso!
¿Cómo estais?

TAMAR.

Dando albricias á la vida
que vos ausente, en contingencia al seso,
gran señor, puso.

ABIGAIL.

Y yo de mi deseo
pagando costas, pues que sano os veo.

DAVID.

¿Estais, mi Abigail, buena?

ABIGAIL.

A serviros
dispuesta, gran señor, eternamente.

DAVID.

¿Vos, hermosa Micol?

MICOL.

Tristes suspiros
en gozo trueco, pues os veo presente.

DAVID.

¿Y vos, mi Bersabé?

BERSABÉ.

De ver veniros
tierno en amores, si en valor valiente,
rindiéndoos toda el alma por despojos,
que á gozaros se asoma por los ojos.

DAVID.

Esta corona, peso de un talento,
ó veinte mil ducados, rica y bella,
lo fue del amonita, que os presento
alegre en ver que sois las piedras de ella.
Mi general Joab, merecimiento
de la fama que envidias atropella,
de mi vitoria la ocasion ha sido,
valiente capitan si comedido.
A Rábata redujo á tanto aprieto,
que cifrando su sed, asoló un pozo;
dejó su asalto de llegar á efeto
y ser ejecucion de su destrozo,
por avisarme, á la lealtad sujeto,
que á mis vitorias aplicase el gozo
de esta conquista, que su fe publica
las veces que Israel me la dedica.
Dalde las gracias de ella.

JOAB.

En esas plantas
puesta la boca, quedaré premiado,
pues á mayores glorias me levantas
con solo el nombre, o rey, de tu soldado:
cuelga ante el arca con tus armas santas
trofeos que á la envidia den cuidado;
y al arpa dulce, de tu gusto abismo,
cántate las vitorias á tí mismo.

DAVID.

Hablad á mi Absalon, á mi Adonías,
diestros en guerra, si en la paz galanes.

ABSALON.

A tu lado, señor, ¿qué valentías
podrán dar luz á ilustres capitanes?

SALOMON.

Dadnos los brazos.

ABIGAIL.

Vieron nuestros dias,
al tremolar hebreos tafetanes,
juntar en dos sugetos la ventura,
el esfuerzo abrazado á la hermosura.

DAVID.

Mi Amon, mi mayorazgo, el primer fruto
de mi amor, ¿cómo está?

ABIGAIL.

Dando á tu corte
tristeza en verle, á su pesar tributo,
prisa á la muerte que sus años corte,
llanto á sus ojos y á nosotras luto;
pues callando su mal, no hay quien reporte
la pálida tristeza, que enfadosa
gualdas siembra en su cara y hurta rosa.

SALOMON.

No hay médico tan célebre que acierte
la causa de tan gran melancolía;
ni con música ó juegos se divierte,
ni va á cazar, ni admite compañia.

BERSABÉ.

A los umbrales llama de la muerte
para dar á tu reino un triste dia.

ABIGAIL.

Háblale, y el dolor que le molesta
aliviarás: su cuadra es, señor, esta.

(Corren una cortina, y descubren á Amon sentado á una silla y muy triste.)

ESCENA VI.

AMON.—DICHOS.

DAVID.

¿Qué es esto, amado heredero?
Cuando tu padre dilata
reinos que ganarte trata,
por ser tú el hijo primero,
¡dejándote consumir
de tus imaginaciones,
luto al triunfo alegre pones,
que me sale á recebir!
Diviértante los despojos
que toda tu corte ha visto;
todo un reino te conquisto;
alza á mirarme los ojos.
Llega á enlazar á mi cuello
los brazos; tu gusto admita
esta corona que imita
el oro de tus cabellos.
Hijo, ¿no quieres hablarme?
Alza la triste cabeza,
si ya con esa tristeza
no pretendes acabarme.

ABSALON.

Hermano, la cortesía
¿cuándo no tuvo lugar
en vuestro pecho, á pesar
de cualquier melancolía?
Mirad que el rey, mi señor
y padre, hablando os está.

ADONIAS.

Si Adonías causa da
á conservar el amor
que en vos mostró la esperiencia,
por él os ruego que hableis
á un monarca que teneis
llorando en vuestra presencia.

SALOMON.

No agüeis tan alegre dia.

TODOS.

¡Ah príncipe! volvé en vos.

DAVID.

¡Amon!

AMON.

(*Alza la cabeza muy triste.*)

¡Oh! ¡Válgame Dios!
¡qué impertinente porfia!

DAVID.

¿Qué tienes, caro traslado
de este triste original?
que en alivio de tu mal
de todo el hebreo estado
la mitad darte prometo;
gózale y no estés ansí;
pon esos ojos en mí,
de todo mi gusto objeto.
No se obscurezca el Apolo
de tu cara, el mal despide.
¿Qué quieres? Háblame, pide.

AMON.

Que os vais, y me dejeis solo.

DAVID.

Si en eso tu gusto estriba,
no te quiero dar pesar;
tu tristeza ha de causar
que yo sin consuelo viva.
Aguado has el regocijo
con que Israel se señala;
pero ¿qué contento iguala
al dolor que causa un hijo?
¡Qué! ¿no mereciera yo,
aunque fingiéndolo fuera,
una palabra siquiera
de amor? Dirásme que no.
Príncipe, ¡un mirarme solo!
Crüel con mis canas eres.
¿Qué has? ¿qué sientes? ¿qué quieres?

AMON.

Que os vais, y me dejeis solo.

ABSALON.

El dejarle es lo mas cuerdo,
pues persuadirle es en vano.

DAVID.

¿Qué vale el reino que gano,
hijos, si al príncipe pierdo?

(*Vanse, y al entrarse Tamar, llámala Amon, y levántase de la silla: Tamar se detiene.*)

ESCENA VII.

TAMAR. AMON.

AMON.

¡Tamar! ¡ah Tamar! ¡señora!
¡ah hermana!

TAMAR.

Príncipe mio....

AMON.

Oye de mi desvarío
la causa que el rey ignora.
¿Quieres tú darme salud?

TAMAR.

A estar su aumento en mi mano,
sabe Dios, gallardo hermano,
con cuanta solicitud
yerbas y piedras buscara,
esperiencias aprendiera,
montes ásperos subiera,
filósofos consultara,
para volver á Israel
un príncipe que la muerte
quitalle pretende.

AMON.

Advierte
que no siendo tú crüel,
sin piedras, drogas ni yerbas,
metales, montes ó llanos,
está mi vida en tus manos,
y que en ellas la conservas.

Toma este pulso, en él pon
(*Tómale.*)
los dedos como instrumento,
á cuyo encendido acento
conceptos del corazon
entiendas.

TAMAR.

Desasosiego
muestra.

AMON.

Cáusanle mis penas;
sangre encierran otras venas:
en las mias todo es fuego.
¡Ay manos que el alma toca,
(*Tómalas y bésalas.*)
pagando en besos agravios!
¡Quién se hiciera todo labios
para gloria de esta boca!

TAMAR.

Por ser tu hermana, consiento
los favores que me haces.

AMON.

Y porque ansí satisfaces
la pena de mi tormento.

TAMAR.

Dime ya tu mal; acaba.

AMON.

¡Ay, hermana, que no puedo!
Es freno del alma el miedo;
darte parte de él pensaba;
pero vete, que es mejor
morir mudo. ¿No te vas?

TAMAR.

Si determinado estás
en eso, sigo tu humor.
Voime. A Dios.

AMON.

¡Crueldad estraña
Oye.

TAMAR.

Vuelvo.

AMON.

Pero vete.

TAMAR.

Alto.

AMON.

Vuelve, y contaréte
el fiero mal que me engaña.

TAMAR.

Si de una hermana no fias
tu secreto, ¿qué he de hacer?

AMON.

(*Aparte.* De ser mi hermana y muger
nacen mis melancolías.)
¿Posible es que no has sacado
por el pulso mi dolor?

TAMAR.

No sé yo que haya dotor
que tal gracia haya alcanzado.
Si hablando no me lo enseñas,
mal tu enfermedad sabré.

AMON.

Pues yo del pulso bien sé
que es lengua que habla por señas.
Pero pues no conociste
por él tanto desvarío,
en tu nombre y en el mio,
hermana, mi mal consiste.
¿No te llamas tú Tamar?

TAMAR.

Ese apellido heredé.

AMON.

Quitale al Tamar la T,
y dirá *Tamar*....

TAMAR.

Amar.

AMON.

Ese es mi mal. Yo me llamo
Amon; quítale la N.

TAMAR.

Serás *amo.*

AMON.

Porque pene,

mi mal es amar: yo amo.
Si esto adviertes, ¿qué preguntas?
¡Ay bellísima Tamar!
amo, y es mi mal amar,
si á mi nombre el tuyo juntas.

TAMAR.

Si como hay similitud
entre los nombres, le hubiera
en las personas, yo hiciera
milagros en tu salud.

AMON.

Amor ¿no es correspondencia?

TAMAR.

Ansí le suelen llamar.

AMON.

Pues si entre *Amon* y *Tamar*
hay tan poca diferencia,
que dos letras solamente
nos distinguen, ¿por qué callo
mi mal, cuando medios hallo
que aplaquen mi fuego ardiente?
Yo, mi Tamar, cuando fuí
contra el amonita fiero,
y en el combate primero
del rey mi padre seguí
las banderas y el valor,
vi sobre el muro una tarde
un sol bello, haciendo alarde
de sus hazañas amor.
Quedé ciego en la conquista
de sus ojos soberanos;
y sin llegar á las manos,
me venció sola su vista.
Desde entonces me alistó
amor entre sus soldados;
supe lo que eran cuidados,
que hasta aquel instante no;
tiré sueldo de desvelos,
sospechas me acompañaron,
imposibles me animaron,
quilataron mi amor celos.
Y procurando saber

quien era la causa hermosa
de mi pasion amorosa,
en que me siento encender,
supe que era la princesa
hija del bárbaro rey,
contraria en sangre y en ley,
si una sola amor profesa.
Y como imposibilita
la nuestra el mezclarse, hermana,
sangre idólatra y pagana
con la nuestra israelita,
viendo mi amor imposible,
á la ausencia remití
mi salud, porque creí
que de su rostro apacible
huyendo el seso perdido,
á pesar de tal violencia,
ejecutara la ausencia
los milagros del olvido.
Volvime á Jerusalen,
dejé bélicos despojos,
quise divertir los ojos
que siempre en su daño ven;
pero ni conversaciones,
juegos, cazas ó ejercicios
fueron remedios ni indicios
de aplacarse mis pasiones.
Creció mi mal de dia en dia
con la ausencia; que quien ama,
espuela de amor la llama,
y en fin mi melancolía
ha llegado á tal estremo,
que aborrezco lo que pido,
lo que me da gusto olvido,
y me anima lo que temo.
Aguardé á mi padre el rey
para que cuando volviese,
por esposa me la diese;
que aunque de contraria ley,
la nuestra, hermana, dispensa
del Deuteronomio santo,
con que cuando amare tanto

como yo, y casarse piensa
con muger incircuncisa
ganada en lícita guerra,
la traiga á su casa y tierra,
donde en paz sus campos pisa,
le quite el gentil vestido,
y la adorne de otros bellos,
le corte uñas y cabellos,
y pueda ser su marido.
Esta esperanza en sosiego
hasta agora conservé;
pero ya, infanta, que sé
que mi padre á sangre y fuego
la ciudad de quien adoro
destruyó, quedando en ella
muerta mi idólatra bella,
sangre por lágrimas lloro.
Este es mi mal, imposible
de sanar, esta mi historia;
consérvala mi memoria
para hacerla mas terrible.
Ten piedad, hermana bella,
de mí.

TAMAR.

Dios, hermano, sabe
si cuanto es tu mal mas grave,
me aflige mas tu querella.
Mas yo ¿cómo puedo, Amon,
remediarte?

AMON.

Bien pudieras,
si tú, mi Tamar, quisieras.

TAMAR.

Ya espero la conclusion.

AMON.

Mira, hermana de mi vida,
aunque es mi pasion estraña,
como es niño amor, se engaña
con cualquier cosa fingida.
Llora un niño, y á su ama
pide leche, y dale el pecho
tal vez otra sin provecho,

donde creyendo que mama,
solamente se entretiene.
¿No has visto fingidas flores
que en apariencia y colores
la vista á engañarse viene?
Juega con la espada negra
en paz quien la guerra estima,
engañando con la esgrima
las armas con que se alegra.
Hambriento he yo conocido,
que de partir y trinchar,
suele mas harto quedar
que los otros que han comido.
Pues mi amor, en fin rapaz,
si á engañarle, hermana, llegas,
si amorosas tretas juegas,
si tocas cajas en paz,
si le das fingidas flores,
si el pecho toma á un engaño,
si esgrime seguro el daño,
si de aparentes favores
trincha el gusto que interesa,
podrá ser, bella Tamar,
que sin que llegue al manjar,
le satisfaga la mesa.
Mi princesa malograda
fue imagen de tu hermosura;
suspender mi mal procura,
en su nombre transformada.
Sé tú mi dama fingida;
consiente que te enamore,
que te ronde, escriba, llore,
cele, obligue, alabe, pida;
que el ser mi hermana asegura
á la malicia sospechas,
y, mis llamas satisfechas
al plato de tu hermosura,
mientras el tiempo las borre,
serás fuente artificial,
que alivia al enfermo el mal,
sin beber mientras que corre.

TAMAR.

Si en eso estriba no mas,
caro hermano, tu sosiego,
tu gusto ejecuta luego;
que en mí tu dama hallarás,
quizá mas correspondiente
que la que ansí te abrasó;
ya no soy tu hermana yo;
preténdeme diligente;
que con industrioso engaño,
mientras tu hermana no soy,
para que sanes te doy
de término todo este año.

AMON.

¡Oh lengua medicinal!
¡oh manos de mi ventura!
(*Bésalas.*)
¡oh cielo de la hermosura!
¡oh remedio de mi mal!
Ya vivo, ya puedo dar
salud á mi mortal llama.

TAMAR.

¿Dícesme eso como á dama,
ó solo como á Tamar?

AMON.

Como á Tamar hasta agora;
mas desde aquí como á espejo
de mi amor.

TAMAR.

¿Luego ya dejo
de ser Tamar?

AMON.

Sí, señora.

TAMAR.

¿Princesa soy amonita?

AMON.

Finge que en tu patria estoy,
y que á hablar contigo voy
al alcazar donde habita
tu padre el rey, que cercado
por el mio, está afligido;
y yo en tu amor encendido,

despues de haberte avisado
que esta noche te he de ver,
entro atrevido y seguro
por un portillo del muro;
y tú por corresponder
con mi amor, á recebirme
sales.

TAMAR.

¡Donosa aventura!
Comienzo á hacer mi figura.
(*Aparte.* No haré poco en no reirme.)

AMON.

Entro, pues.—Árboles bellos
de este jardin, cuyas hojas
son ojos, que mis congojas
llora amor por todos ellos,
¿habeis visto á quien adoro?
Pero sí visto la habeis,
pues el ambar que verteis
condensado en gotas de oro,
de su vista le heredais.

TAMAR.

¿Si habrá el príncipe venido?—
¿Sois vos, mi bien?

AMON.

¿Que he adquirido
el blason con que me honrais?
¡Dichoso mi amor mil veces.

TAMAR.

¿Venís solo?

AMON.

No es discreto
el amor que no es secreto.
¿Cómo, amores, no me ofreces
esos brazos amorosos
que con mis suspiros merco?
Pues que con los mios os cerco,
cielos de amor luminosos,
zona soy que se corona
con los signos de oro bellos
de esos hermosos cabellos;
estrellas son de esta zona

esos ojos; esas manos,
que al cristal envidia dan,
la via láctea serán
de mis gustos soberanos.
¡Ay, mis manos, que me abraso,
(*Bésalas.*)
si á los labios no os arrimo,
con que sus llamas reprimo!
Remediadme.

TAMAR.

Paso, paso;
que no os doy tanta licencia.

AMON.

¿Dícesme eso como á hermano,
ó como á amante que ufano,
estoy loco en tu presencia?

TAMAR.

Como á hermano y á galan;
que si de veras te abrasas,
las leyes de hermano pasas;
y si favores te dan
ocasion de que así estés,
la primera vez que vienes
á ver tu dama, no tienes
de medrar por descortés.
Basta por agora esto.
¿Cómo te sientes?

AMON.

Mejor.

TAMAR.

¡Donosas burlas!

AMON.

De amor.

TAMAR.

Ya es sospechoso este puesto.
Vete.

AMON.

¿No eres tú mi hermana?

TAMAR.

El serlo recato pide.

AMON.

Como á galan me despide.

TAMAR.

Vaya, pues esto te sana.

(*Sale Joab y quédase escuchando.*)

AMON.

A Dios, dulce prenda.

TAMAR.

A Dios.

AMON.

¿Queréisme mucho?

TAMAR.

Infinito.

AMON.

¿Y admitís mi amor?

TAMAR.

Sí admito.

AMON.

¿Quién es vuestro esposo?

TAMAR.

Vos.

AMON.

¿Vendré esta nche?

TAMAR.

A las once.

AMON.

¿Olvidareisme?

TAMAR.

En mi vida.

AMON.

¿Quedais triste?

TAMAR.

Enternecida.

AMON.

¿Mudareisos?

TAMAR.

Seré bronce.

AMON.

¿Dormireis?

TAMAR.

Soñando en vos.

AMON.

¡Qué dicha!

TAMAR.

¡Qué dulce sueño!

AMON.

¡Ay mi bien!

TAMAR.

¡Ay caro dueño!

AMON.

A Dios, mis ojos.

TAMAR.

A Dios. (*Vase Amon.*)

ESCENA VIII.

JOAB.—TAMAR.

JOAB.

Escuchando de aquí he estado,
aunque á mi pesar, finezas,
requiebros, gustos, ternezas
de un amor desatinado.
¿Úsase entre los hermanos,
aun de la gente perdida,
esto de «mi bien, mi vida?»
¿ceñir cuellos, besar manos?
«¡Ay mi esposa!—¡Ay caro dueño!—
¿Mudaráste?—Seré bronce.
—¿Vendré esta noche?—A las once.
Soñaré en tí: ¡dulce sueño!»
No sé yo que haya señales
de una hermanada aficion
como estas, si ya no son,
Tamar, de hermanos carnales.
En pago de mis hazañas
pedirte al rey pretendí;
por esta causa emprendí
dificultades estrañas.
El primero que asaltó
á vista del campo hebreo
con muerte del jebuseo
muros en Sion, fui yo.

Su capitan general
el rey profeta me hizo,
con que en parte satisfizo
mi pecho noble y leal.
En muestras de este deseo,
siempre que á la guerra fui,
partí, llegué, ví y vencí;
y agora llego, entro y veo
amores abominables,
ofensas de Dios, del rey,
de tu sangre, de tu ley,
y con efetos mudables
olvidados mis servicios,
menospreciado mi amor,
mal pagado mi valor,
y de tu deshonra indicios.
Mas, gracias á Dios, que ha sido
en tiempo que queda en pie
mi honra: desde hoy haré
altares al cuerdo olvido.
Al rey diré lo que pasa
como testigo de vista,
pues cuando estraños conquista,
afrentan propios su casa;
y mientras hace el olvido
en mi pecho habitacion,
en el incestuoso Amon
tendrás hermano y marido.

TAMAR.

Oye, espera, Joab valiente;
ansí alargue Dios tus años,
que escuches los desengaños
de un amor solo aparente.
Si á un loco que con furor
rey se finge, el que es discreto,
por librarse de un aprieto,
le va siguiendo el humor,
le intitula magestad,
le habla hincada la rodilla,
cual vasallo se le humilla,
y teme su autoridad,
con que su furia sosiega;

á que adviertas te provoco
que está Amon de amores loco,
y que de esta pasion ciega
ha de morir brevemente,
con que á mi padre he de dar,
si no le mata el pesar,
vejez triste y inclemente.
Quiso á una dama amonita,
que con los demas murió
cuando á Rábata asaltó
la venganza israelita.
Tiénela en el alma impresa,
y la ama sin esperanza;
dice soy su semejanza,
y que si del mal me pesa
que le abrasa, finja ser
la que adora, y cuando venga
con amores, le entretenga:
es mi hermano, sé el poder
del ciego amor que le quema,
y para que poco á poco
aplaque el tiempo este loco,
seguí, como ves, su tema.
Mas pues resulta en tu daño,
y en riesgo de mi opinion,
muérase mi hermano Amon,
y cese desde hoy tu engaño.
Si él ama, yo amo tambien
las partes de un capitan
el mas valiente y galan
que ha visto Jerusalen.
Pídeme á mi padre luego;
que otras hijas ha casado
con vasallos que no han dado
las muestras que en tí á ver llego;
y no ofenda esta maraña
el valor de mi firmeza,
ni un amor en la corteza
que á un enfermo amante engaña.

JOAB.

Conozco tu discrecion,
y tus virtudes no ignoro;

tu honesta hermosura adoro,
y celebro tu opinion.
No haya mas celos, ni enojos;
perdone á Joab Tamar,
que desde hoy jura no dar
crédito ni fe á sus ojos.
Si ser tu esposo intereso,
será premio de mi amor;
en fe de aqueste favor,
la mano hermosa te beso.

(*Bésale la mano al tiempo que sale Amon. Vase Joab.*)

ESCENA IX.

AMON.—TAMAR.

AMON.

Besar la mano, donde el labio ha puesto
su príncipe, un vasallo, es hecho aleve;
que el vaso se reserva donde bebe,
el caballo, el vestido y el real puesto.
Como hermano, es mi agravio manifiesto;
como amante, á furor mi pecho mueve.
Ídolo de mi amor, hermana leve,
¡tan presto atormentar! ¡Celos tan presto!
Como amante ofendido y como hermano,
á locura y venganza me provocas.
Daré la muerte á tu Joab villano,
y cuando niegues tus mudanzas locas,
desmentiráte tu besada mano,
pues por tener con qué, buscó dos bocas.

TAMAR.

Ya sea, Amon, tu hermana, ya tu dama,
aquella verdadera, esta fingida,
quimeras deja, tu pasion olvida;
que enferma, porque tú sanes, mi fama.
Si una difunta en mí busca tu llama,
diré que estoy para tu amor sin vida;
si siendo hermana, soy de tí oprimida,
razon es que aborrezca á quien me infama.

No me hables mas palabras disfrazadas,
ni con engaños tu aficion reboces,
cuando Joab honesto amor pretenda;
que andamos yo y tu dama muy pegadas,
y no sé yo cómo tu intento goces,
sin que la una de las dos se ofenda. (*Vase.*)

ESCENA X.

AMON.

¿Ansí te vas, homicida?
¿Con palabras tan resueltas
la venda á la herida sueltas
para que pierda la vida?
Pues yo te daré venganza
crüel, mudable Tamar;
que en fin acabas en *mar*
por ser mar en la mudanza.
¡Que me abraso, ingratos cielos!
¡que me da muerte un rigor!

ESCENA XI.

JONADAB.—AMON.

JONADAB.
¿Qué es aquesto, gran señor?
AMON.
Mal de corazon, de celos.
JONADAB.
¿Celos? ¿No sabré yo acaso
de quién?
AMON.
Sí, que pues me muero,
ni puedo callar, ni quiero.
Por Tamar de amor me abraso.
JONADAB.
¡Qué dices!

AMON.

No me aconsejes:
dame muerte, que es mejor.

JONADAB.

Desatinado es tu amor;
mas para que no te quejes
de mi lealtad conocida,
tu pasion quiero aliviar:
pierda su honra Tamar,
y no pierdas tú la vida.
Fínjete malo en la cama.

AMON.

No es mi tormento ficcion.

JONADAB.

Disimula tu aficion,
y al rey, que te adora, llama;
pídele que venga á darte
Tamar tu hermana á comer;
y cuando esté en tu poder,
no tengo que aconsejarte.
Discreto eres: la ocasion
lo que has de hacer te dirá.

AMON.

En ese remedio está
mi vida, ó mi perdicion.
Ve por mi padre. ¿Qué aguardas?

JONADAB, *aparte.*

Como andas á tiento, amor,
no distingues de color,
ni á hermanos respetos guardas. (*Vase.*)

ESCENA XII.

—

AMON.

Si amor consiste solo en semejanza,
y tanto los hermanos se parecen,
que en sangre, en miembros y en valor merecen
igual correspondencia y alabanza,
¿Qué ley impide lo que amor alcanza?

De Adan los mayorazgos nos ofrecen,
siendo hermanos, ejemplos que apetecen
lo mismo que apetece mi esperanza.
Perdone, pues, la ley que mi amor priva,
vedando que entre hermanos se conserve;
que la ley natural en contra alego.
Amor, que es semejanza, venza y viva;
que si la sangre, en fin, sin fuego hierve,
¿qué hará sangre que tiene tanto fuego?

ESCENA XIII.

DAVID. JONADAB. ELIACER.—AMON.

DAVID.
De que envies á llamarme,
hijo, arrimo de mi vida,
ya mi tristeza se olvida,
ya vuelves á consolarme.
Habla, no repares, pide.

AMON.
Padre, mi flaqueza es tanta,
que la muerte se adelanta,
si tu favor no lo impide.
No puedo comer bocado,
ni hay manjar tan esquisito,
que alentando el apetito,
mi salud vuelva á su estado.
Como el mal todo es antojos,
paréceme, padre, á mí
que á venir Tamar aquí,
con solo poner los ojos
y las manos en un pisto,
una sustancia ó bebida,
términos diera á la vida,
que ya de camino has visto.
¿Quiere, señor, vuestra alteza
concederme este favor?

DAVID.
Poco pides á mi amor:

si ansí alivias tu tristeza.
Tamar vendrá diligente.

AMON.

Beso tus pies.

DAVID.

Eso es justo.

AMON.

Guisa Tamar á mi gusto,
y entiéndele solamente.

DAVID.

No le quiero dilatar.
Voy á llamar á la infanta. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

AMON. JONADAB. ELIACER.

AMON.

Eliacer, dime algo, canta,
si alivia á amor el cantar.

ELIACER. (*Canta.*)

Cuando el bien que adoro
los campos pisa,
madrugando el alba,
llora de risa.
Cuando los pies bellos
de mi niña hermosa
pisan juncia y rosa,
ambar cogen de ellos;
va el campo á prendellos
con grillos de flores,
y muerta de amores,
si el sol la avisa,
madrugando el alba,
llora de risa.

ESCENA XV.

TAMAR, *con una tohalla al hombro y trayendo una escudilla de plata entre dos platos de lo mismo.*—AMON. JONADAB. ELIACER.

TAMAR.

Mandóme el rey mi señor
que á vuestra alteza trujese
de mi mano que comiese,
porque conozco su humor;
ya no tendrá buen sabor
si de gusto no ha mudado,
porque aunque yo lo he guisado,
si llaman gracia á la sal,
yo vendré, príncipe, tal,
que no estará sazonado.

AMON.

Jonadab, salte allá fuera;
cierra la puerta, Eliacer;
(*Vanse los dos.*)
que á solas quiero comer
manjares que el alma espera.

TAMAR.

Lo que haces considera.

AMON.

No hay ya que considerar;
tú sola has de ser manjar
del alma, á quien avarienta
tanto há que tienes hambrienta,
pudiéndola sustentar.

TAMAR.

Caro hermano (que harto caro
me saldrás si eres crüel),
príncipe eres de Israel,
todos están en tu amparo;
mi honra es espejo claro,
donde me remiro y precio:
no sufrirá su desprecio,

si le procuras quebrar,
ni tú otro nombre ganar
que de amante torpe y necio.
Tu sangre soy.

AMON.

Ansí te amo.

TAMAR, *retirándose.*

Sosiega....

AMON.

No hay sosegar.

TAMAR.

¿Qué quieres?

AMON.

Tamar, amar.

TAMAR.

Detente.

AMON.

Soy, Amon, amo.

TAMAR.

¿Si llamo al rey?

AMON.

A amor llamo.

TAMAR.

¡A tu hermana!

AMON.

Amores gusto.

TAMAR.

¡Traidor!

AMON.

No hay amor injusto.

TAMAR.

Tu ley....

AMON.

Para amor no hay ley.

TAMAR.

Tu rey....

AMOR.

Amor es mi rey.

TAMAR.

Tu honor....

AMON.

Mi honor es mi gusto.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

AMON, *echando á empellones á* TAMAR. *Despues* ELIACER *y* JONADAB.

AMON.

Vete de aquí, salte fuera,
veneno en taza dorada,
sepulcro hermoso de fuera,
arpía que en rostro agrada,
siendo una asquerosa fiera.
Al basilisco retratas;
ponzoña mirando arrojas;
no me mires, que me matas;
vete, mónstruo, que me aojas,
y mi juventud maltratas.
¿Que yo te quise, es posible?
¿Que yo te tuve aficion,
fruta de Sodoma horrible,
en la médula carbon,
si en la corteza apacible?
Sal fuera, que eres horror
de mi vida, y su escarmiento;
vete, que me das temor:
mas es mi aborrecimiento,
que fue mi primero amor.
¡Hola! echádmela de aqui.

TAMAR.

Mayor ofensa y injuria
es la que haces contra mí,
que fue la amorosa furia
de tu torpe frenesí.
Tirano de aquese talle,

doblar mi agravio procura
hasta que pueda vengalle:
muger gozada es basura;
haz que me echen en la calle.
Ya que ansí me has deshonrado,
lama el plato en que has comido,
un perro, al suelo arrojado;
dí que se ponga el vestido
que has roto ya, algun criado;
honra con tales despojos
á quien se empleó en servirte,
y á mí dame mas enojos.

AMON.

¡Quién por no verte ni oirte,
sordo naciera y sin ojos!
¿No te quieres ir, muger?

TAMAR.

¿Dónde iré sin honra, ingrato,
ni quién me querrá acoger,
siendo mercader sin trato
deshonrada una muger?
Haz de tu hermana mas cuenta,
ya que de tí no la has dado;
no añadas afrenta á afrenta;
que en cadenas del pecado
perece quien las aumenta.
Tahur de mi honor has sido;
ganado has por falso modo
joyas que en vano te pido;
quítame la vida y todo,
pues ya lo mas he perdido.
No te levantes tan presto,
pues es mi pérdida tanta;
que aunque el que pierde es molesto,
el noble no se levanta
mientras en la mesa hay resto.
Resto hay de la vida, ingrato;
pero es vida sin honor,
y ansí de perderla trato;
acaba el juego, traidor,
dame la muerte en barato.

AMON.

Infierno, ya no de fuego,
pues helando me atormentas,
sierpe, mónstruo, vete luego.

TAMAR.

El que pierde, sufre afrentas
porque le mantengan juego;
mantenme juego, tirano,
hasta acabar de perder
lo que queda; alza, villano,
la mano; quítame el ser,
y ganarás por la mano.

AMON.

¿Vióse tormento como este?
¡Hola! ¿no hay ninguno ahí?
¡Que esto un desatino cueste!
(*Salen Eliacer y Jonadab.*)

ELIACER.

¿Llamas?

AMON.

Echadme de aquí
esta vívora, esta peste.

ELIACER.

¡Vívora! ¡peste! ¿Qué es de ella?

AMON.

Llevadme aquesta muger;
cerrad la puerta tras ella.

JONADAB, *aparte.*

Carta Tamar viene á ser;
leyóla, y quiere rompella.

AMON.

Echalda en la calle.

TAMAR.

Ansí
estaré bien; que es razon,
ya que el delito fue aqui,
que por ellas dé un pregon
mi deshonra contra tí.

AMON.

Voime por no te escuchar. (*Vase.*)

JONADAB.

¡Estraño caso, Eliacer!

¡tal odio tras tanto amar!

TAMAR.

Presto, villano, has de ver
la venganza de Tamar. (*Vanse.*)

Salon del palacio.

ESCENA II.

ABSALON. ADONIAS.

ABSALON.

Si no fueras mi hermano, ó no estuvieras
en palacio, ambicioso, brevemente
hoy con la vida bárbara perdieras
el deseo atrevido y imprudente.

ADONIAS.

Si en tus venas la sangre no tuvieras
con que te honró mi padre indignamente,
yo hiciera que quedándose vacías,
de púrpura calzaran á Adonias.

ABSALON.

¿Tú pretendes reinar, loco villano?
¿tú, muerto Amon del mal que le consume,
subir al trono aspiras soberano
que en doce tribus su valor resume?
¿Que soy no sabes tu mayor hermano?
¿Quién competir con Absalon presume,
á cuyos pies ha puesto la ventura
el valor, la riqueza y la hermosura?

ADONIAS.

Si el reino israelita se heredara
por el mas delicado, tierno y bello,
aunque no soy yo mónstruo en cuerpo y cara,
á tu yugo humillara el reino el cuello;
cada tribu hechizado se enhilara
en el oro de Ofir de tu cabello,
y convirtiendo hazañas en deleites,

te pecharan en cintas y en afeites.
Redujeras á damas tu consejo,
á trenzas tu corona, y á un estrado
el solio de tu ilustre padre viejo,
las armas á la holanda y al brocado;
por escudo tomaras un espejo,
y de tu misma vista enamorado,
en lugar de la espada á que me aplico,
esgrimieras tal vez el abanico.
Mayorazgo te dió naturaleza
con que los ojos de Israel suspendes;
el cielo ha puesto renta en tu cabeza,
pues sus madejas á las damas vendes:
cada año haciendo esquilmos tu belleza
cuando aliviarla de su peso entiendes,
repartiendo por tiendas tu tesoro,
se compran en docientos siclos de oro.
De tu belleza ser el rey procura;
déjame á mí á Israel; que haces agravio
á tu delicadeza, á tu blandura.

ABSALON.

Cierra, villano, el atrevido labio:
que el reino se debia á la hermosura,
á pesar de tu envidia, dijo un sabio;
señal que es noble el alma que está en ella;
que el huesped bello habita en casa bella.
Cuando mi padre al enemigo asalta,
no me quedo en la corte dando al ocio
lascivos años, ni el valor les falta,
que con mis hechos quilatar negocio;
mi acero incircuncisa sangre esmalta;
la guerra que jubila al sacerdocio,
en mí hazañas enseñar procura
cuan bien dice el valor con la hermosura.
Mas ¿para qué, lo que es tan cierto, he puesto
en duda con razones? Haga alarde
la espada contra quien te has descompuesto,
si porque soy hermoso, soy cobarde.

ADONIAS.

Por adorno no mas te la habrás puesto;
no la saques, ansí el amor te guarde;
que te desmayarás si la ves fuera.

ABSALON.

Si no saliera el rey....

ADONIAS.

Si no saliera....

ESCENA III.

DAVID. SALOMON.—ABSALON. ADONIAS.

DAVID.

Bersabé vuestra madre me ha pedido
por vos, mi Salomon; creced, sed hombre;
que si amado de Dios sois y querido,
conforme significa vuestro nombre,
yo espero en él que al trono real subido,
futuros siglos vuestra fama asombre.

SALOMON.

Vendráme, gran señor, esa alabanza
por ser de vos retrato y semejanza.

DAVID.

Príncipes....

ABSALON.

Gran señor....

DAVID.

¿En qué se entiende?

ADONIAS.

La paz ocupa el tiempo en novedades;
galas la mocedad al gusto vende,
si el desengaño á la vejez verdades.

ABSALON.

La caza, que del ocio nos defiende,
nos convida á correr sus soledades;
esta trazamos, y tras ella fiestas.—
¡Válgame Dios! ¿Qué voces serán estas?

ESCENA IV.

TAMAR, *descabellada y de luto.*—DICHOS.

TAMAR.

Gran monarca de Israel,
descendiente del Leon,
que para vengar injurias
dió á Judá el viejo Jacob,
si lágrimas, si suspiros,
si mi compasiva voz,
si lutos, si menosprecios
te mueven á compasion,
y cuando aquesto no baste,
si el ser hija tuya yo
á que castigues te incita
al que tu sangre afrentó,
por los ojos vierto el alma,
luto traigo por mi honor,
suspiros al cielo envio
de inocencias vengador.
Cubierta está mi cabeza
de ceniza; que un amor
desatinado, si es fuego,
solo deja en galardon
cenizas que lleva el aire;
mas aunque cenizas son,
no quitarán mancha de honra,
sangre sí que es buen jabon.
La mortal enfermedad
del torpe príncipe Amon
peste de la honra fue;
pegóme su contagion.
Que le guisase mandaste
alguna cosa á sabor
de su postrado apetito
(ponzoña fuera mejor);
sazonéle una sustancia;
mas las sustancias no son

de provecho, si se oponen
accidentes de aficion.
Estaba el hambre en el alma,
y en mi desdicha guisó
su desvergüenza mi agravio;
sazonólo la ocasion;
y sin advertir mis quejas,
ni el proponelle que soy
tu hija, rey, y su hermana,
su estado, su ley, su Dios,
echando la gente fuera,
á puerta cerrada entró
en el templo de la fama,
y sagrado del honor.
Aborrecióme ofendida:
no me espanto; que al fin son
enemigas declaradas
la esperanza y posesion.
Echóme injuriosamente
de su casa el violador,
oprobios por gustos dando:
¡ paga en fin de tal señor!
Deshonrada, por sus calles
tu corte mi llanto oyó:
sus piedras se compadecen,
cubre sus rayos el sol
entre nubes por no ver
caso tan fiero y atroz;
todos te piden justicia,
justicia, invicto señor.
Dirás que es Amon tu sangre;
el vicio la corrompió;
sángrate de ella, si quieres
dejar vivo tu valor.
Hijos tienes herederos;
semejanza tuya son
en el esfuerzo y virtudes;
no dejes por sucesor
quien deshonrando á su hermana,
menoscabe tu opinion,
pues mejor afrentará
los que sus vasallos son.

Ea, sangre generosa
de Abraham, si su valor
contra el inocente hijo
el cuchillo levantó,
uno tuvo, muchos tienes;
inocente fue, Amon no:
á Dios sirvió ansí Abraham;
ansí servirás á Dios;
véncete, rey, á tí mismo;
la justicia á la pasion
se anteponga; que es mas gloria
que hacer piezas al leon.
Hermanos, pedid conmigo
justicia; bello Absalon,
un padre nos ha engendrado;
una madre nos parió;
á los demas no les cabe
de mi deshonra y baldon
sino sola la mitad;
mis medios hermanos son;
vos lo sois de padre y madre;
entera satisfaccion
tomad, ó en eterna afrenta
vivid sin fama desde hoy.
Padre, hermanos, israelitas,
calles, puertas, cielos, sol,
brutos, peces, aves, plantas,
elementos, campos, Dios,
justicia os pido á todos de un traidor,
de su ley y su hermana violador.

DAVID.

Alzad, infanta, del suelo.
Llamadme al príncipe Amon.
¿Esto es ¡cielos! tener hijos?
Mudo me deja el dolor:
hablad, ojos, si podeis;
sentid mi mal, lenguas sois;
lágrimas serán palabras
que espliquen al corazon.
Rey me llama la justicia;
padre me llama el amor;
uno obliga, y otro impele:

¿cuál vencerá de los dos?
(*Llora amargamente en silencio.*)

ABSALON.

Hermana (¡nunca lo fueras!),
da lugar á la razon;
pues no le halla la venganza,
freno á tus lágrimas pon.
Amon es tu hermano y sangre;
á sí mismo se afrentó;
puertas adentro se quede
mi agravio y tu deshonor.
Mi hacienda está en Efrain,
granjas tengo en Bâlhasor;
casas fueron de placer,
ya son casas de dolor.
Vivirás conmigo en ellas;
que muger sin opinion
no es bien que en cortes habite,
muerta su reputacion.
Vamos á ver si los tiempos
tan sabios médicos son,
que con remedios de olvido
den alivio á tu dolor.

TAMAR.

Bien dices; viva entre fieras
quien entre hombres se perdió;
que á estar con ellas, yo sé
que no muriera mi honor. (*Vase.*)

ABSALON, *aparte.*

Incestüoso tirano,
presto cobrará Absalon,
quitándote vida y reino,
debida satisfaccion. (*Vase.*)

ADONIAS.

À tan portentoso caso
no hay palabras, no hay razon
que aconsejen y consuelen:
triste y confuso me voy. (*Vase.*)

SALOMON.

La infanta es hermana mia,
del príncipe hermano soy,
la afrenta de Tamar siento,

temo el peligro de Amon,
el rey es santo y prudente,
el suceso causa horror;
mas vale dar con el tiempo
lugar á la admiracion. (*Vase.*)

ESCENA V.

AMON, *que sale temeroso.* DAVID, *que está llorando.*

AMON.
(*Para sí.*)
El rey mi señor me llama:
¿iré ante el rey mi señor?
¿Su cara osaré mirar
sin vergüenza ni temor?
Temblando estoy á la nieve
de aquellas canas; que son
los pecados frias cenizas
del fuego que encendió amor.
¡Qué animoso antes del vicio
anda siempre el pecador!
cometido, ¡qué cobarde!

DAVID.
Príncipe....

AMON.
(*De rodillas lejos.*)
A tus pies estoy.

DAVID.
(*Aparte.* ¿No ha de poder la justicia
aquí mas que la aficion?
Soy padre, tambien soy rey;
es mi hijo, fue agresor;
piedad sus ojos me piden,
la infanta satisfaccion.
Prenderéle en escarmiento
de este insulto. Pero no:
levántase de la cama;
de su pálido color
sus temores conjeturo.

Pero ¿qué es de mi valor?
¿Qué dirá de mí Israel
con tan necia remision?
Viva la justicia, y muera
el príncipe violador.)
Amon.

AMON.

Amoroso padre.

DAVID.

(*Aparte.* El alma me traspasó.
Padre amoroso me llama,
socorro pide á mi amor.
Pero muera.)
(*Vuelve á él furioso, y en viéndole se enternece.*)
¿Cómo estás?

AMON.

Piadoso padre, mejor.

DAVID.

(*Aparte.* En mirándole, es de cera
mi enojo, y su cara es sol.
El adulterio homicida,
con ser rey, me perdonó
el justo juez, porque dije
un pequé de corazon.
Venció en él á la justicia
la piedad; su imagen soy;
el castigo es mano izquierda,
mano es derecha el perdon,
pues ser izquierdo es defeto.)
Mirad, príncipe, por vos;
cuidad de vuestro regalo.
(*Aparte.* ¡Ay prenda del corazon!) (*Vase.*)

ESCENA VI.

AMON.

(*Levantándose.*)

¡Oh poderosas hazañas
del amor, único dios,

que hoy á David ha vencido,
siendo rey y vencedor!
Que mirase por mí dijo:
blandamente me avisó;
el castigo del prudente
es la tácita objecion;
temió darme pesadumbre;
por entendido me doy;
yo pagaré amor tan grande
con no ofendelle desde hoy. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ABSALON.

¡Que una razon no le dijo
en señal de sus enojos!
¡ni un severo mirar de ojos!
Hija es Tamar, si él es hijo.
Mas no importa; que ya elijo
la justa satisfaccion;
que á mi padre la pasion
de amor ciega; pues no ve,
con su muerte cumpliré
la justicia y mi ambicion.
No es bien que reine en el mundo
quien no reina en su apetito:
en mi dicha y su delito
todo mi derecho fundo.
Hijo soy del rey, segundo,
ya por sus culpas primero;
hablar á mi padre quiero,
y del sueño despertalle
con que ha podido hechizalle
amor, siempre lisonjero.

(*Tira una cortina y descubre un bufete, sobre él una fuente y en ella una corona de oro de rey.*)

Aquí está. Pero ¿qué es esto?
La corona en una fuente
con que ciñe la real frente

mi padre grave y compuesto.
La mesa el plato me ha puesto
que há tanto que he deseado;
debo de ser convidado;
si el reinar es tan sabroso
como afirma el ambicioso,
no es de perder tal bocado.
Amon no os ha de gozar,
cerco en quien mi dicha encierro;
que sois vos de oro, y fue yerro
el que deshonró á Tamar.
Mi cabeza quiero honrar
con vuestro círculo bello;
mas rehusareis el hacello,
pues aunque en ella os encumbre,
temblareis de que os deslumbre
el oro de mi cabello.

(*Corónase.*)

Bien me estais; vendreisme ansí
nacida, y no digo mal,
pues nací de sangre real,
y vos naceis para mí.
¿Sabréos yo merecer? Sí.
¿Y conservaros? Tambien.
¿Quién hay en Jerusalen
que lo estorbe?—Amon.—Matalle.—
Mi padre que ha de vengalle.—
Matar á mi padre....

(*Saca la espada, sale al encuentro David, y hállale coronado.*)

ESCENA VIII.

—

DAVID.—ABSALON.

DAVID.

¿A quién?

ABSALON.

(*Aparte.* ¡Ay cielos!) A quien no es

(*De rodillas.*)

vasallo de vuestra alteza.

DAVID.

Coronada tu cabeza,
no dices bien á mis pies.

ABSALON.

Pienso heredarte despues;
que anda el príncipe indispuesto.

DAVID.

Hástela puesto muy presto:
no serás sucesor suyo;
que de esa corona arguyo,
que como llega á valer
un talento, ha menester
mayor talento que el tuyo.
En fin, ¿me quieres matar?

ABSALON.

¿Yo?

DAVID.

¿No acabas de decillo?

ABSALON.

Si llegaras bien á oillo,
mi fé habias de premiar.
Si vengo, dije, á reinar,
vivo tú, en Jerusalen,
mi enojo probará quien
fama por traidor adquiere,
y por ser tirano quiere
matar á mi padre.

DAVID.

Bien.
¿Pues quién hay á quien le cuadre
tal título?

ABSALON.

No sé yo.... (1)
Quien á su hermana forzó,
tambien matará á su padre.

---

(1) Este hemistiquio tal vez corresponde á David, y ha sido una errata el anteponerle el nombre de Absalon. Por lo menos en la misma columna hay otras dos erratas bien manifiestas: *tu* en lugar de *su* en el verso siguiente, y *mi* tambien en lugar de *su* en el sesto.

DAVID.

Por ser los dos de una madre,
contra Amon te has indignado;
pues ten por averiguado
que quien fuere su enemigo
no ha de tener paz conmigo.

ABSALON.

Sin razon te has enojado.
Solo yo te hallo crüel.

DAVID.

¿Qué mucho, si tú lo estás
con Amon?

ABSALON.

No le ama mas
que yo nadie en Israel;
antes, gran señor, con él
y los príncipes quisiera
que vuestra alteza viniera
al esquilmo que ha empezado
en Bâlhasor mi ganado,
y que esta merced me hiciera.
Tan lejos de desatinos,
y venganzas necias vengo,
que allí banquetes prevengo
de tales personas dînos.
Honre nuestros vellocinos
vuestra presencia, señor,
y divierta allí el dolor
que le causa este suceso;
conocerá que intereso
granjear solo su amor.

DAVID.

Tú fueras el fenix de él,
si estas cosas olvidaras,
y al príncipe perdonaras,
no vil Caín, sino Abel.

ABSALON.

Si hiciere venganza en él,
plegue á Dios que me haga guerra
cuanto el sol dora y encierra,
y contra tí rebelado,
de mis cabellos colgado,

muera entre el cielo y la tierra.

DAVID.

Si eso cumples, mi Absalon,
mocedades te perdono;
con los brazos te corono,
si mejor corona son.

ABSALON.

En mis labios los pies pon,
y añade á tantas mercedes,
porque satisfecho quedes,
señor, el venir á honrar
mi esquilmo, pues da lugar
la paz, y alegrarte puedes.

DAVID.

Harémoste mucho gasto;
no, hijo, goza tu hacienda;
al reino pide que atienda
la vejez que en canas gasto.

ABSALON.

Pues á obligarte no basto
á esta merced, da licencia
que supliendo tu presencia
Adonias, Salomon,
hagan, yendo con Amon,
de mi amor noble esperiencia.

DAVID.

¿Amon? Eso no, hijo mio.

ABSALON.

Si melancólico está,
sus penas divertirá
el ganado, el campo, el rio.

DAVID.

Temo que algun desvarío
dé nueva causa á mi llanto.

ABSALON.

De la poca fe me espanto
que tiene mi amor contigo.

DAVID.

La esperiencia en esto sigo;
que cuando con el disfraz
viene el agravio de paz,
es el mayor enemigo.

ABSALON.

Antes el gusto y regalo
que he de hacelle, ha de abonarme:
en esto pienso esmerarme.

DAVID.

Nunca el recelar fue malo.

ABSALON.

¡Plegue al cielo que sea un palo
alguacil que me suspenda
cuando yo al príncipe ofenda!
No me alzaré de tus pies,
padre, hasta que á Amon me des.

DAVID.

Del alma es la mejor prenda;
pero en fe de que me fio
de tí, yo te lo concedo.

ABSALON.

Cierto ya de tu amor quedo.

DAVID, *aparte.*

¿De qué dudais, temor frio?

ABSALON.

Voile á avisar.

DAVID.

Hijo mio,
en olvido agravios pon.

ABSALON.

No temas.

DAVID.

¡Ay mi Absalon!
lo mucho que te amo pruebas.

ABSALON.

A Dios.

DAVID.

Mira que me llevas
la mitad del corazon. (*Vanse.*)

Campo de Baalhasor delante de la quinta de Absalon.

ESCENA IX.

TIRSO. BRAULIO. ALISO. RISELO. ARDELIO. TAMAR, *de pastora, rebozada la cara con la toca.*

CANTAN UNOS.

Al esquilmo, ganaderos;
que balan las ovejas y los carneros.

OTROS.

Ganaderos, á esquilmar;
que llama los pastores el mayoral.

UNO.

El amor trasquila
la lana que dan
los amantes mansos
que á su aprisco van;
trasquila la dama
al pobre galan,
aunque no es su oficio
sino repelar;
trasquila el alcalde
al que preso está,
y si entró con lana,
en puribus *va;*
pela el escriben,
porque escribanar
con pluma con pelo
de comer le da;
pela el alguacil
hasta no dejar
vellon en la bolsa,
plata otro que tal;
el letrado pela,
pela el oficial,
que hay mil peladores,

si pelones hay.

TODOS.

Al esquilmo, ganaderos;
que balan las ovejas y los carneros:
ganaderos, á esquilmar;
que llama á los zagales el mayoral.

TIRSO.

Dichosas serán desde hoy
las reses que en el Jordan
cristales líquidos beben,
y en tomillos pacen sal.
Ya con vuesa hermosa vista
yerba el prado brotará,
por mas que la seque el sol,
pues vos sus campos pisais.
¿De qué estais melanconiosa,
hermosísima Tamar,
pues con vuesos ojos bellos
estos montes alegrais?
Si dicen que está la corte
do quiera que el rey está,
y vos sois reina en belleza,
la corte es esta, no hay mas.
La infantica, entreteneos;
vuesa hermosura mirad
en las aguas que os ofrecen
por espejo su cristal.

TAMAR.

Temo de mirarme á ellas.

BRAULIO.

Si es por no os enamorar
de vos misma, bien haceis;
que á la he que quillotrais
desde ell alma á la asadura
á cuantos viéndoos estan,
y que para mal de muchos
el dimuño os trujo acá.
Mas asomaos con todo eso;
vereis como os retratais
en la tabla de este rio,
si en ella á vos os mirais;
y hareis un cuadro valiente,

que porque le guarnezcais,
las flores de oro y azul
de marco le servirán.
Honralda, miraos á ella.

TAMAR.

Aunque hermosa me llamais,
tengo una mancha afrentosa:
si la veo, he de llorar.

ALISO.

¿Manchas teneis? Y aun por eso;
que aquí los espejos que hay,
si manchas muestran, las quitan,
enseñando al amistad.
Allá los espejos son
solo para señalar
faltas, que viéndose en vidrio,
con ellas en rostro dan:
acá son espejos de agua,
que á los que á mirarse van,
muestran manchas y las quitan,
en llegándose á lavar.

TAMAR.

Si agua esta mancha quitara,
harta agua mis ojos dan:
solo á borralla es bastante
la sangre de un desleal.

RISELO.

No ví en mi vida tal muda:
miel virgen afeitá acá;
que ya hasta las caras venden
postiza virginidad.
¿Son pecas?

TAMAR.

Pecados son.

ARDELIO.

Cubrillas con soliman.

TAMAR.

No queda, pastor, por eso;
toda yo soy rejalgar.

TIRSO.

¿Es algun lunar acaso
que con la toca tapais?

TAMAR.

No se muda cual la luna,
ni es la deshonra lunar.

TIRSO.

Pues sea lo que se huere,
par diez que hemos de cantar
y aliviar la pesadumbre;
que es locura lo demas.

(*Cantan.*)

Que si estais triste, la infanta,
todo el tiempo lo acaba.
Desdenes de amor,
la ausencia los sana;
para desengaños,
buena es la mudanza;
si atormentan celos,
darlos á quien ama;
para la vejez,
arrimar las armas;
para muger pobre,
gastar lo que basta;
para mal de ausencia,
juegos hay y cazas;
para escusar penas,
estudiar en casa;
para agravios de honra,
perdon ó venganza;
que si triste estais, la infanta,
todo el tiempo lo acaba.

ESCENA X.

—

LAURETA, *con un tabaque de flores.*—DICHOS.

LAURETA.

Todas estas flores bellas
á la primavera he hurtado;
que pues de amor sois el prado,
competir podeis con ellas.
Lleno viene este cestillo

de las mas frescas y hermosas
yerbas, jazmines y rosas,
desde el clavel al tomillo.
Aquí está la manutisa,
la estrella mar turquesada
con la violeta morada,
que amor porque huela, pisa,
el sándalo, el pajarillo,
alelíes, siete-ramas,
azucenas y retamas,
madreselva y hisopillo.
Tomaldós; que son despojos
del campo, y juntad con ellos
labios, aliento y cabellos,
pechos, frente, cejas y ojos.

TAMAR.

Todas las que abril esmalta,
pierden en mí su valor,
Laureta, porque la flor
que mas me importa, me falta.

(Laureta le da unas violetas, y póneselas Tamar en el pecho.)

TIRSO.

Ya vendreis á adivinar
sueños ó cosas de risa;
que como sois fitonisa,
consolareis á Tamar.
Laureta, diz que tratais
con el diablo.

ARDELIO.

Ya han venido
los príncipes, que han querido
honrarnos hoy.

TIRSO.

¿Qué aguardais?

ARDELIO.

Mientras el convite pasa,
al soto apacible vamos,
y de flores, yerba y ramos
entapicemos la casa.

TIRSO.

Ardelio, teneis razon;

démonos prisa, pastores;
pero ¿qué ramos ni flores
hay como ver á Absalon?
(*Vanse los pastores.*)

ESCENA XI.

TAMAR. LAURETA.

TAMAR.
Vámonos de aquí, Laureta.
LAURETA.
¿Para qué? Bien disfrazada
estás.
TAMAR.
Dí mal injuriada.
LAURETA.
Olvida, si eres discreta.
TAMAR.
Bien dijo, aunque ese es buen medio,
un ingenio singular:
«el remedio era olvidar,
y olvidóseme el remedio.»

ESCENA XII.

AMON. ABSALON. ADONIAS. SALOMON.—TAMAR. LAURETA.

AMON.
Bello está el campo.
ABSALON.
Es el mayo
el mes galan, todo flor.
ADONIAS.
A lo menos, labrador,
segun agirona el sayo.
AMON.
Oid, que hay aquí serranas,

y no de mal aire y brio.

ABSALON.

De mi hacienda son, y os fio
que envidien las cortesanas
su no ayudada hermosura.

AMON.

¡Bien haya quien la belleza
debe á la naturaleza,
no al afeite y compostura!

ABSALON.

Esta es muger tan curiosa,
que de lo futuro avisa;
tiénenla por fitonisa
estos rústicos.

SALOMON.

¿Y es cosa
de importancia?

AMON.

De esta gente
hacer caso es vanidad;
tal vez dirá una verdad,
y despues mentirá veinte.
Mas ¿quién es la rebozada?

ABSALON.

Es una hermosa pastora
que injurias de su honra llora,
y espera verse vengada.

AMON.

Ella tiene buena flema.
¿No la veremos?

ABSALON.

No quiere,
mientras sin honra estuviere,
descubrirse.

AMON.

¡Linda tema!
Ahora bien, con vos me entiendo.
(*A Laureta.*)
Llegaos, mi serrana, acá.

LAURETA.

¿Su alteza? pretenderá,
y despues iráse huyendo.

AMON.

Bien pareceis adivina.
Llena de flores venís;
¿cómo no las repartís,
si el ser cortés os inclina?

LAURETA.

Estos prados son teatro
do representa Amaltea;
mas porque no os quejeis, ea,
á cada cual de los cuatro
tengo de dar una flor.

AMON.

Y esotra serrana ¿es muda?
Quitá el rebozo.

LAURETA.

Está en muda.

AMON.

¿Mudas hay acá?

LAURETA.

De honor.

AMON.

¿Y hay honor entre villanas?

LAURETA.

Y con mas firmeza está;
que no hay príncipes acá,
ni fáciles cortesanas.
Pero dejémonos de esto,
y va de flor.

AMON.

¿Cuál me cabe?

LAURETA.

(*Habla aparte á cada uno.*)
Esta azucena süave.
(*Dale una azucena y despues una espadaña.*)

AMON.

Eso es picarme de honesto.

LAURETA.

Yo sé que olella os agrada;
pero no la deshojeis;
que la espadaña que veis,
tiene la forma de espada,
y aquesos granillos de oro,

aunque á la vista recrean,
manchan si los manosean,
porque estriba su tesoro
en ser intactos: dejaos,
Amon, de deshojar flor
con espadañas de honor;
y si la ofendeis, guardaos.

AMON.

Yo estimo vuestro consejo.
(*Aparte.* Demonio es esta muger.)

SALOMON.

¿Qué os ha dicho?

AMON.

No hay que hacer
caso; por loca la dejo.

ADONIAS.

¿Qué flor me cabe á mí?

LAURETA.

Estraña:
espuela de caballero.

ADONIAS.

Bien por el nombre la quiero.

LAURETA.

A veces la espuela daña.

ADONIAS.

Diestro soy.

LAURETA.

Si lo sois, alto;
pero guardaos, si os agrada,
de una doncella casada;
no os perdais por picar alto.

ADONIAS.

No os entiendo.

ABSALON.

Yo me quedo
postrero; id, hermano, vos.

SALOMON.

Confusos vienen los dos;
si acaso obligaros puedo,
mas conmigo os declarad.

LAURETA.

Esta es corona de rey,

flor de vista, olor y ley;
sus propiedades gozad;
que aunque rey sereis espejo,
y el mayor de los mejores,
temo que os perdais por flores
de amor, si sois mozo viejo.

AMON.

¿Buena flor?

SALOMON.

Con su pimienta.

ABSALON.

¿Cábeme á mí...?

LAURETA.

Este Narciso.

ABSALON.

Ese á sí mismo se quiso.

LAURETA.

Pues tened, Absalon, cuenta
con él, y no os querais tanto,
que de puro engrandeceros,
estimaros y quereros,
de Israel seais espanto.
Vuestra hermosura enloquece
á toda vuestra nacion:
Narciso sois, Absalon;
que tambien os desvanece.
Cortaos esos hilos bellos;
que si los dejais crecer,
os habeis presto de ver
en alto por los cabellos.
(*Vase Laureta.*)

ESCENA XIII.

AMON. ABSALON. ADONIAS. SALOMON. TAMAR.

ABSALON.

Espera.—Fuése. (*Aparte.* Si en alto
por los cabellos me veo,
cumpliráse mi deseo;

al reino he de dar asálto.
¡En alto por los cabellos!
Mi hermosura ha de obligar
á Israel que á coronar
me venga, loco por ellos.)

AMON.

Confuso os habeis quedado.

ABSALON.

Príncipes, alto, á comer.
(*Aparte.* Sobre el trono me han de ver
de mi padre, coronado.
Muera en el convite Amon,
quede vengada Tamar,
dé la corona lugar
á que la herede Absalon.)

ESCENA XIV.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

La comida que se enfria,
á vuestras altezas llama.

AMON.

De aquesta serrana dama
ver la cara gustaria:
idos, hermano, con ellos.

ABSALON.

No nos hagais esperar.
(*Aparte.* Reinando, vengo á quedar
en alto por los cabellos.)

(*Vanse Absalon, Adonías, Salomon y el criado.*)

ESCENA XV.

AMON. TAMAR.

AMON.

Yo, serrana, estoy picado
de esos ojos lisonjeros,
que deben de ser fulleros,
pues el alma me han ganado.
¿Quereisme vos despicar?

TAMAR.

Cansaráos el juego presto,
y en ganando el primer resto,
luego os querreis levantar.

AMON.

¡Buenas manos!

TAMAR.

De pastora.

AMON.

Dadme una.

TAMAR.

Será en vano
dar mano á quien da de mano,
y ya aborrece, ya adora.

AMON.

Llegaréosla yo á tomar,
pues su hermosura me esfuerza.

TAMAR.

¿A tomar? ¿cómo?

AMON.

Por fuerza.

TAMAR.

¡Qué amigo sois de forzar!

AMON.

Basta; que aquí todas dais
en adivinas.

TAMAR.

Queremos
estudiar como sabremos

burlaros, pues nos burlais.

AMON.

¿Flores traeis vos tambien?

TAMAR.

Cada cual, humilde ó alta,
busca aquello que le falta.

AMON.

Serrana, yo os quiero bien:
dadme una flor.

TAMAR.

¡Buen floreo
os traeis! Creed, señor,
que á no perder yo una flor,
no sintiera el mal que veo.

AMON.

Una flor he de tomar.

TAMAR.

Flor de Tamar, direis bien.

AMON.

Forzaréos, dalda por bien.

TAMAR.

¡Qué amigo sois de forzar!
Pero tomad, si os agrada.
(*Dale las violetas.*)

AMON.

¿Violetas?

TAMAR.

Para alegraros,
porque yo no puedo daros,
Amon, sino flor violada.

AMON.

Eso es mucho adivinar.
Destapaos.

TAMAR.

Apartesé.

AMON.

Por fuerza os descubriré.
(*Descúbrela.*)

TAMAR.

¡Qué amigo sois de forzar!

AMON.

¡Ay cielo! Monstruo, ¿tú eres?

¿Quién los ojos se sacara
primero que te mirara,
afrenta de las mugeres?
Voime, y pienso que sin vida;
que tu vista me mató.
No esperaba, cielos, yo
tal principio de comida. (*Vase.*)

TAMAR.

Peor postre te han de dar,
bárbaro crüel, ingrato,
pues será el último plato
la venganza de Tamar. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

—

LOS PASTORES, *que vuelven con ramos, cantando.*

CANTAN.

A las puertas de nuesos amos
vamos, vamos,
vamos á poner ramos.

UNO.

A Absalon el bello
alamico negro,
cinamomo y cedro,
y palma ofrezcamos.

TODOS.

Vamos, &c.

OTRO.

Al mozo Adonías,
de las maravillas
rosa y clavellinas
guirnaldas tejamos.

TODOS.

Vamos, &c.

UNO.

Al príncipe nueso
de cipres funesto,
y taray espeso
coronas tejamos.

TODOS.

Vamos, &c.

OTRO.

Salomon prudente
ceñirá su frente
del laurel valiente
que alegres cortamos.

TODOS.

Vamos, &c.

(*Suena grita dentro, ruido de golpes y de caerse mesas y vajillas.*)

ESCENA XVII.

ABSALON. AMON. ADONIAS. SALOMON.—PASTORES.

ABSALON, *dentro.*

La comida has de pagar
dándote muerte, villano.

AMON, *dentro.*

¿Por qué me matas, hermano?

ABSALON, *dentro.*

Por dar venganza á Tamar.

AMON, *dentro.*

¡Cielos, piedad! Muerto soy.
(*Salen huyendo Salomon y Adonias.*)

SALOMON.

Huye.

ADONIAS.

¡Oh bárbaro sin ley!
Todos los hijos del rey
por reinar perecen hoy. (*Vanse.*)

ESCENA XVIII.

LOS PASTORES.

TIRSO.

¡Oste, puto! Esto va malo.

ARDELIO.

Huyamos, no nos alcance
algun golpe de este lance.

BRAULIO.

¡Mirad qué negro regalo
de convite!

TIRSO.

¡O mi cebolla!
mas os quiero que Absàlon
sus pavos.

ARDELIO.

Tirso, chiton,
que mos darán en la cholla. (*Vanse.*)

(*Descúbrese lo interior de la quinta, y vense unos aparadores de plata, caidas las vajillas, y una mesa llena de manjares y descompuesta, con los manteles ensangrentados, y Amon sobre la mesa, asentado y caido de espaldas en ella, con una taza en la una mano, y un cuchillo en la otra, atravesada por la garganta una daga. Delante Absalon y Tamar.*)

ESCENA XIX.

ABSALON. TAMAR.

ABSALON.

Para tí, hermana, se ha hecho
el convite; aqueste plato,
aunque de manjar ingrato,
nuestro agravio ha satisfecho;
hágate muy buen provecho;

bebe su sangre, Tamar;
procura en ella lavar
tu fama, hasta aquí manchada;
caliente está la colada,
facil la puedes sacar.
A Gesur huyendo voy,
que es su rey mi abuelo, y padre
de nuestra injuriada madre.

TAMAR.

Gracias á los cielos doy,
que no lloraré desde hoy
mi agravio, hermano valiente;
ya podré mirar la gente,
resucitando mi honor;
que la sangre del traidor
es blason del inocente.
Quédate, bárbaro, ingrato,
que en buen túmulo te han puesto:
sepulcro del deshonesto
es la mesa, taza y plato.

ABSALON.

Heredar el reino trato.

TAMAR.

Céntele los cielos bellos.

ABSALON.

Amigos tengo, y por ellos,
como dijo la muger,
todo Israel me ha de ver
en alto por los cabellos.

(*Vanse y encúbrese la apariencia.*)

Salon del palacio de David.

ESCENA XX.

—

DAVID.

(Saliendo como quien despierta de un sueño agitado.)
¡Amon, príncipe, hijo mio!
Si eres tú, pide al deseo
albricias, que los instantes
juzga por siglos eternos.
¡Gracias á Dios, que á pesar
de sospechas y recelos,
con tu vista restituyo
la vida que sin tí pierdo!
¿Cómo vienes? ¿cómo estás?
¿Podré, enlazando tu cuello,
imprimir lirios en rosas,
guarnecer oro en acero?
(Tiende los brazos para abrazarle, como si le tuviese presente.)
Dame los amados brazos.—
¡Ay engaño lisonjero!
¿por qué con burlas pesadas
me haces abrazar los vientos?
Como la madre acallando
al hijo que tiene al pecho,
¡me enseñas la joya de oro
para escondérmela luego!
Como en la navegacion
prolija, ¡en celages negros
fingidos montes me pintas,
siendo mentiras de lejos!
Como fruta de pincel,
como hermosura en espejo,
como tesoro soñado,
como la fuente al enfermo,

burladoras esperanzas,
¡engañais mis pensamientos
para acrecentar pesares,
para atormentar desvelos!
Amon mio, ¿dónde estás?
Deshaga al temor los celos
el sol de tu cara hermoso;
remoce tu vista un viejo.
¿Si se habrá Absalon vengado?
¿si habreis sido, como temo,
hijo caro de mis ojos,
de sus esquilmos cordero?
No, que es vuestro hermano, en fin;
la sangre hierve sin fuego.
Mas ¡ay! que es sangre heredada
de quien á su hermano mesmo
vendió, y llorará David
como Jacob, en sabiendo,
si á Josef mató la envidia,
que á Amon la venganza ha muerto.
Absalon ¿no me juró
no agraviarle? ¿De qué tiemblo?
Pero el amor y el agravio
nunca guardan juramentos.
La esperanza y el temor
en este confuso pleito
alegan en pro y en contra;
sentenciad en favor, cielos.
Caballos suenan. ¿Si son
mis amados hijos estos?
Alma, asomaos á los ojos;
ojos, abríos para verlos.
Grillos echa el temor frio
á los pies, cuando el deseo
se arroja por las ventanas.

ESCENA XXI.

ADONIAS *y* SALOMON, *muy tristes.*—DAVID.

DAVID.

¡Hijos!

ADONIAS.

¡Señor!

DAVID.

¿Venís buenos?
¿Qué es de vuestros dos hermanos?
¡Callais! Siempre fue el silencio
embajador de desgracias.
¡Llorais! Hartos mensageros
mi sospechas certifican.
¡Ay adivinos recelos!
¿Mató Absalon á su hermano?

SALOMON.

Sí señor.

DAVID.

Pierda el consuelo
la esperanza de volver
al alma, pues á Amon pierdo.
Tome eterna posesion
el llanto, porque sea eterno,
de mis infelices ojos,
hasta que los deje ciegos;
lástimas hable mi lengua;
no escuchen sino lamentos
mis oidos lastimosos.
¡Ay mi Amon! ¡ay mi heredero!
Llore tu padre con Jacob diciendo:
«hijo, una fiera pésima te ha muerto.»

ADONIAS.

Y de Tamar la historia prodigiosa
acaba aquí en tragedia lastimosa.

EXAMEN

DE

LA VENGANZA DE TAMAR.

«Y de Tamar la *historia* prodigiosa
acaba aquí en *tragedia* lastimosa.»

Estos dos versos, últimos de la fábula, descubren el fin que se propuso Tellez al escribirla; quiso hacer un drama histórico y trágico, y nuestros lectores no conocerian completamente al autor, si no les ofreciésemos una muestra donde viesen los talentos que alcanzaba para manejar la tragedia, y como entendia este género de drama. *La prudencia en la muger* mas bien pertenece á la comedia heróica que al género trágico, principalmente por su desenlace; y la historia en aquella composicion está mas alterada que en esta. No obsta que en la Jerusalen anterior á la ereccion del templo haya introducido Tellez saraos, máscaras, predicadores, postas, naipes, títulos de alteza, galanteos al terrero y telas de Holanda, ni que haya puesto en boca de los súbditos de David conceptos mitológicos y retruécanos gorgorinos: ya hemos dicho mas de una vez que los dramáticos españoles del siglo XVII no quisieron, no pudieron, ó no supieron hacer otra cosa que retratarse á sí mismos; ademas de que por mucho cuidado que se ponga al reproducir en un drama un hecho antiguo, solo se conseguirá evitar los anacronismos de la especie facil; pero la obra siempre llevará el sello de la época en que ha sido escrita, y no podrá gustar de otro modo, porque no habrá quien la entienda.

El asunto escogido esta vez por el Maestro Tellez es sumamente propio para escitar la compasion y el terror. ¡Qué impresion tan distinta deben hacer en un auditorio cristiano las calamidades que caen sobre la familia de David, comparadas con la fatalidad que persigue á Edipo y su descendencia! Indigna, horroriza ver á un rey virtuo-

so privado de la vista, lanzado de su reino y separado de sus hijos por haber manchado el tálamo de su padre, pues si fue parricida é incestuoso, sus desapiadados dioses le violentaron al delito; pero reconocemos con religioso respeto la mano del Justo Juez cuando vemos castigados el adulterio de David y la muerte de Urías con la deshonra de Tamar y la muerte del primogénito de la real casa, doble crímen que el sucesor de Saul hubo de llorar y dejar impune, por no tener corazon para castigarlo en los perpetradores que eran su misma sangre: ¡tremenda leccion dada á los reyes en el mas esclarecido de los que rigieron al pueblo de Dios! El asunto, pues, de esta tragedia (ó sea *comedia famosa*, si queremos hacer caso del impresor que la bautizó con el mismo nombre que á todas las que salian de sus prensas), es grande, útil y digno de Melpómene como el que mas.

Hay sin embargo aquí un hermano profanador de su hermana.—Un amor incestuoso puede ser muy teatral y no tener nada de obsceno: la *Fedra* de Racine y la *Mirra* de Alfieri se han representado con aplauso delante de espectadores harto mas delicados que los contemporáneos de Tellez; y aun aquellas espresiones de nuestro poeta que nos parecen ahora sucias y abominables, mas si cabe que el hecho á que se refieren, no debian de escandalizar mucho en su época, cuando leidas *atentamente* por uno de los censores en vista de cuyo parecer se espidió la licencia para que se imprimieran, y que era nada menos que canónigo y pabordé de la santa iglesia de Tortosa, declaró que estas comedias estaban escritas *con estilo casto y lenguage honesto.* Si la honestidad tiene ahora otro lenguage, no culpemos á Tellez de que no escribiese para nosotros. Sobre el desempeño de un asunto tan dramático como dificil, iremos haciendo algunos reparos siguiendo el curso de la fábula.

ACTO PRIMERO.

ESCENAS I Y II.

Desde el principio observamos ciertas intenciones dramáticas en estas escenas: Amon y Absalon son dos caracteres que aunque no tienen gran realce, están regular-

mente sostenidos; caprichoso y obstinado en sus caprichos el uno; vano, disoluto y ambicioso el otro. Tellez traslució sin duda una figura de gran efecto al trazar la de Amon. Un joven desamorado, un joven que se propone no amar á muger alguna mientras no halle á la mas cabal de todas, y que solamente por su aficion á singularidades, entra de noche en el jardin de palacio y se prenda de su medio-hermana, hubiera podido ser un personage muy nuevo en el teatro, por reunir en una las contrarias índoles de Hipólito y Fedra: por desgracia Tellez dejó esta figura en bosquejo. Absalon está algo mejor pintado, aunque ya para nosotros con un colorido que no por ser verdadero, deja de parecer repugnante. El joven cuya liviandad solo perdonaria á su madre, es ciertamente el hijo de aquella nacion llamada en la Escritura varias veces carnal y grosera; es el Absalon del libro segundo de los reyes, y porque lo es no desagradaria á los religiosos españoles del siglo XVII; pero hoy nadie se atreveria á poner esas palabras en su boca. ¿Habremos perdido en moralidad, en religiosidad, lo que hemos ganado en delicadeza? Lo segundo es evidente.

...... A guedeja que les des,
las que muertas por las tiendas
te porfian que las vendas,
tendrán en tí su interes
....
.... Toda Jerusalen
te llama *Socorre-Calvas*.

La idea de que ya en tiempo de David hubiese tiendas de peluqueria, ó de que se usase pelo postizo, no es invencion de Tellez, sino opinion de algunos espositores empeñados en oscurecer con sus cavilaciones la sencillez del testo sagrado que dice así: «Y cuando (*Absalon*) se cortaba el pelo (pues se trasquilaba una vez al año, porque la cabellera le molestaba), pesaban los cabellos de su cabeza doscientos siclos del peso público.» Parece que los doscientos siclos de la medida hebrea equivalian á cinco libras castellanas y siete onzas y media; y admirados los intérpretes al hallarse con cabellera de peso tan enorme, pretendieron salvar la dificultad imaginaria diciendo que

los doscientos siclos eran la cantidad que podia valer puesta en venta. «Otros, dice el obispo Scio, lo esplican del siclo babilónico, que venia á ser la tercera parte del hebreo, y por consiguiente segun esta opinion, el cabello de Absalon pesaba como unas treinta onzas escasas, ó menos de dos libras castellanas. Se fundan para esto en que el que reconoció los libros de los reyes, lo hizo despues que el pueblo hebreo volvió del cautiverio de Babilonia, y acostumbrados los hebreos por espacio de setenta años á los pesos de Babilonia, continuaron en usar de ellos, olvidando los propios. Pero si el cabello de Absalon no pesaba sino escasas treinta onzas, no podia esto mirarse como una cosa estraordinaria y singular, puesto que se hallan mugeres cuyo cabello pesa mas de treinta y dos onzas.» El señor Scio no hace alto en la notabilísima circunstancia de que Absalon se recortaba el pelo todos los años, porque le incomodaba, lo cual prueba ó que alguna vez su cabellera habia pesado mucho mas de las treinta y dos onzas entre lo cortado y lo que le quedaba, ó que le crecia tanto en un año, que á dejárselo por mas tiempo, llegaba á tener un peso mayor de las treinta y dos onzas y capaz de molestarle; lo cual constituye ciertamente una cabellera bien singular y estraordinaria.

ESCENA III.

Tanta muger que enamora
á mi padre ausente y viejo,
¿qué puede hacer encerrada?

Este es un rasgo del caracter caprichoso de Amon; se ha escandalizado de que Absalon haya visto á una concubina de su padre; pero el atrevimiento de su hermano le ha despertado la curiosidad; y la misma temeridad de la empresa le ha avivado el deseo de ponerla por obra. Caprichos de esta especie son mas propios de la comedia que de la tragedia, segun nosotros las concebimos; pero aquí sin duda aplicaba Tellez aquel principio que manifiesta en la apología de *El Vergonzoso* con el simil del injerto, el de formar un género nuevo producido por la mezcla de ambos.

ESCENA V.

No es inverosimil ni contradictorio que en esta escena oiga Amon hablar y cantar á su hermana y no la conozca, y que despues en la escena diez la conozca al verla; pues el que solamente la conociese de vista, era cosa muy conforme á las costumbres hebreas de aquel tiempo. Oigamos al ilustrísimo Scio. «Las hijas (de los reyes) que estaban aun bajo la patria potestad, vivian encerradas en habitaciones, adonde no era permitido entrar, ni aun á los parientes mas cercanos de otro sexo. Y así.... Amnon pudo haber visto á Thamar en alguna ocasion estraordinaria, porque salian de casa algunas veces, aunque siempre bien acompañadas.»

Tambien hace honor á Tellez el disponer que Amon se enamore perdidamente de su hermana sin conocerla: á lo menos su pasion de esta manera no es incestuosa en su origen.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Juntáronse ayer en casa
de Délbora seis dotores &c.

Tal vez Molière que leia á Tellez y refundió su *Convidado de Piedra*, haya sacado de este cuento las escenas tercera y cuarta del acto segundo en la comedia titulada *L' Amour Médecin*, cuyo fondo es el mismo; pero tambien pudo hallar en otros libros esa sátira contra los profesores de medicina.

Es inútil añadir que esta consulta es tan propia de las costumbres judáicas como el sarao del acto primero, y la leccion de espada negra que viene despues. Lo singular es que el mismo Tellez desaprobaba en otros los anacronismos que él cometia. Véase este trozo de *Los Cigarrales*. «Tres causas hallo yo, dijo don Melchor, que todas juntas y cada una de por sí echan á perder un estudio tan digno de no malograrse. (Lo dice por el de una obra dramática.) La primera es en vituperio del poeta que ó no sabe trazarla, ó escribe impropiedades tan indigestas,

que revolviendo el estómago al sufrimiento, provocan á silbos y vituperios. Yo conozco uno de los mas corpulentos, y no de los mas dignos, que en una comedia sacada de un *Flos Sanctorum* en romance, cuyo argumento fue la vida de uno de los jueces de Israel, se dejó decir entre ciertas promesas que el gracioso hacia á no sé quien, que le traeria *el turbante del gran Sofí.* ¡Mirad qué gentil necedad, profetizar un pastor los Sofíes que vinieron á Persia mas de mil años despues del nacimiento de Cristo!»

El poeta corpulento pudiera haber respondido: padre Tellez, ¿y el haber hablado de valonas en la comedia parabólica de *Lázaro y el Rico Avariento*? ¿Y el haber citado allí con sus títulos una porcion de entremeses que se representan ahora en los teatros de Madrid? ¿Y el haber hecho mencion de Don Quijote y Sancho Panza? ¡Buenos contemporáneos del Salvador!

ESCENAS II Y III.

El frenesí de Amon es un recurso dramático bien discurrido, no mal desempeñado, y que se deduce naturalmente de la historia, que dice que el príncipe enfermó de amor. Racine en el primer acto de *Fedra* nos la presenta en un estado análogo; y salva la diferencia de estilo, hay cierta correspondencia entre algunas espresiones de la esposa de Teseo y otras del hijo de David.

FEDRA dice:

Quelle importune main, en formant tous ces nœuds,
a pris soin sur mon front d' assembler mes cheveux?

ENONE.

Vous même, condamnant vos injustes desseins,
tantôt á vous parer vous excitiez nos mains.

Dice AMON.

¿No estaba en la cama yo?
¿Quién me ha cubierto de galas?
Desnudadme, presto, presto.

ELIACER.

Tú te vistes y levantas
contra la opinion de todos.

ESCENA V.

Las octavas de esta escena adolecen de oscuridad y afectacion, aunque en lo general sostengan el tono trágico.

Esta corona, peso de un talento,
ó veinte mil ducados.......

Considérese este hemistiquio como un aparte del cómico ó del autor, para que entendiese el público lo que decia David.

Mi general Joab........
....
dejó su asalto de llegar á efeto
y ser ejecucion de su destrozo,
por avisarme, á su lealtad sujeto,
que á mis vitorias aplicase el gozo
de esta conquista.

Para comprender lo que Tellez quiere espresar aquí, es necesario tener presente, como dice la Biblia, que teniendo Joab á Rábata próxima á rendirse, envió á decir á David que viniera en persona á dar el último ataque á la ciudad, para que fuera del rey, y nó del vasallo, la gloria del triunfo.

ESCENA VII.

Este pasage, casi todo de galanteria española, es de lo mejor del drama, porque el autor se halla en él en su elemento propio.

Yo me llamo
Amon; quítale la N.

Amnon y no *Amon* se llamaba el primogénito de David. A Tellez convenia, para este juguete puramente castellano, no tener que quitar al nombre del príncipe sino la última letra; pero ya debia de correr entre nosotros modificado de aquella suerte, cuando lo habia empleado con anterioridad Vasco Diaz Tanco en la tragedia de *Amon* que se le atribuye, y de la que no queda mas que el título.

ESCENAS IX Y X.

El amor del príncipe se embravece con los celos que le inspira Joab, y raya en el delirio con el desvio de la hermana; esta gradacion está bien entendida: el resto del acto, muy histórico en verdad y muy animado, no es para nuestros tiempos sino una horrible indecencia.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Tambien es histórico este odio de Amon á Tamar, despues de saciado su bestial apetito; pero en un drama era necesario haberlo motivado de alguna manera, ingeniosa y decente si era posible, y si no, no emplearlo.

ESCENA IV.

La relacion de Tamar, á escepcion de los últimos versos y alguna metáfora estravagante, es un buen trozo de versificacion trágica, y tiene algunos rasgos de carácter hebreo, como el de recordar á David el sacrificio de Abrahan. Obsérvese la bellísima ocurrencia de que Tamar dé fin á sus quejas dirigiéndose á Absalon, su único hermano de padre y madre; esto es conocer el corazon humano. Absalon mientras David llora, consuela á Tamar, y se la lleva dejando dscubrir sus proyectos vengativos, que tan bien se avienen con su ambicion: el interés de la fábula va subiendo cada vez mas.

ESCENA V.

La bondad de David para con su primogénito es asimismo conforme á las sagradas letras; pero esta era la ocasion de presentar á David reconociendo en el amor incestuoso del príncipe el castigo de Dios por el amor adulterino del rey con la esposa de un fiel vasallo.

ESCENA VII.

No se colige de esta escena si ha mediado algun tiempo entre ella y la anterior: entre la deshonra de Tamar y el convite para el esquileo pasaron dos años.

ESCENA XV.

Amon, lejos de su padre, vuelve á mostrarse tan antojadizo y temerario como antes: va á descubrir á una aldeana, y se halla con la muger que aborrece porque le representa la enormidad de su crímen: ¡terrible anuncio de la catástrofe que le aguarda!

¡Qué amigo sois de forzar!

¡Qué amigo era el maestro Tellez de equívocos de este género! dirán nuestros lectores. Al fin aquí son hebreos los personajes; pero en este particular á todos los hace Tellez de una nacion cuando se le antoja, que es con mucha frecuencia.

ESCENA XVIII.

Los alaridos del príncipe moribundo que se confunden con el cántico alegre de los pastores, la fuga de Adonías y Salomon, el cuadro de la sala del convite en que se vé bañado en su sangre al hermano violador, y á su lado á la hermana ofendida y al hermano ambicioso gozándose en su venganza, forman una catástrofe que compite con lo mas trágico del teatro griego, de cuyo caracter participa tambien el fin del drama que concluye con los tristes lamentos del amoroso padre, como el *Edipo* con los del monarca desterrado y ciego. La diccion no es tan bella como la traza del desenlace: á estos tres versos que dice Absalon llenos de energía,

Bebe su sangre, Tamar,
procura en ella lavar
tu fama hasta aquí manchada;

siguen estos dos que da ira verlos:

caliente está la colada;
facil la puedes sacar.

Es decir que en la locucion de la escena se echan de ver los mismos lunares que salpican el drama, el cual puede considerarse como un ensayo no despreciable en el género trágico; pero inferior á las obras cómicas de

Tellez, en las cuales hay bellezas de primer orden, escenas acabadas, situaciones de feliz invencion y desempeño, cuando en esta apenas hay poco mas que intenciones.

Despues de impreso el tomo 7.º de esta coleccion, que concluye con *La Firmeza en la hermosura*, hemos tropezado con una comedia titulada *La venganza de Tamar*, atribuida al doctor Felipe Godinez, la cual no es otra que la misma de Tellez, suprimidos una porcion de versos, alterado alguno que otro, y variado el desenlace para reunir innecesaria é intempestivamente la muerte de Absalon con la de Amon. Esto nos hace sospechar que alguno debió de suprimir tambien varios trozos en *La Firmeza en la hermosura* y alterar algunos versos, despojándola así en parte de su caracter original. Si añadió algunos, pocos debieron ser cuando dejó en el título el nombre de *Tirso*: no llegan á doscientos los que puso de su cosecha en *La venganza de Tamar* el doctor Godinez, é imprimió el drama como suyo, segun la práctica corriente en su tiempo.



ÍNDICE.


3 0112 098525790